

ción metálica. En efecto, Tomás de Aquino diserta ampliamente sobre el hecho de si es legítimo o no utilizar oro alquímico para comprar mercancías. Su conclusión es formal: al no poderse distinguir el oro alquímico del natural, no hay razón para establecer ninguna diferencia entre los dos. Otro hecho que permite conjeturar que Alberto poseía la medicina filosófica es la edad tan avanzada que alcanzó, pues habiendo nacido en 1193, no murió hasta el 15 de noviembre de 1280, ejemplo de longevidad rarísimo en el siglo XIII.

Ahora bien, uno de sus contemporáneos, el célebre médico Arnaldo de Vilanova, es quien, tal vez, efectuó el primer caso de transmutación metálica ante testigos. Arnaldo de Vilanova, nacido en 1240, fue médico y astrólogo muy reputado en su tiempo, que tuvo en varias ocasiones conflictos con la Inquisición, debidos a ciertas declaraciones suyas. Cierta vez, aseguró públicamente que el mérito de la caridad era superior al de la plegaria; en otra ocasión, aún fue más osado, afirmando que las bulas del Papa no eran en absoluto infalibles, al ser tan sólo obra humana (1). Conminado a retractarse, agravó aún más su caso declarando que «¡su infalibilidad estaba tan garantizada como la de sus propios diagnósticos!» Murió en la mar, frente a las costas genovesas, en 1317, es decir, aproximadamente a los setenta y tres años. De todos modos, la Inquisición no renunció a su venganza, e incoó contra él un proceso póstumo, a consecuencia del cual sus obras fueron secuestradas y quemadas.

Veamos ahora el relato de una transmutación que habría efectuado Arnaldo de Vilanova ante la Curia Romana, tal como lo cuenta Miguel Maier, médico del emperador Rodolfo II en el siglo XVII, en su obra *Symbola aureae mensae*: «Así ocurre que el canónigo Juan Andreas, hablando de Arnaldo, declara: "En vida nuestra, hemos recibido, en la Curia Romana, al Maestro Arnaldo de Vilanova, médico y teólogo supremo, de quien

(1) La verdad es que el dogma de las bulas pontificias aún no había sido proclamado en aquella época.

he hablado refiriéndome a las observancias del joven. Era también un gran alquimista, que había fabricado varillas de oro, las cuales no presentaron ninguna dificultad a dejarse someter a todas las pruebas." Otros añaden, citando al mismo Andreas, que las laminillas fundidas por Arnaldo nada tenían que envidiar, en cuanto a calidad, al oro extraído de las minas de Aruzio, tal como lo testimonia, por otra parte, Juan Francisco Mirandola, en el primer capítulo del libro II de su tratado *De Auro*.

Nos resta ahora hablar de otros dos célebres doctores: Alain de l'Isle, llamado el «Doctor universal», y Raimundo Lulio, conocido como el «Doctor iluminado».

Alain de l'Isle nació en los Países Bajos a fines del siglo XII, y murió en 1298, habiendo superado, pues los cien años, lo cual hizo decir a Lenglet du Fresnoy: «Así el uso del elixir de los sabios, que es una rama de la filosofía hermética, le habría hecho llegar a esa edad tan avanzada.» Alain de l'Isle fue uno de los profesores más célebres de la Universidad de París, que él abandonó repentinamente para ir a formar parte de los hermanos conversos del Císter. Muchos de sus contemporáneos pensaron que se había retirado a ese lugar para poderse dedicar a la búsqueda alquímica. En aquella época, los conventos eran refugios pacíficos y tranquilos en medio de guerras incesantes, y hoy está demostrado que un gran número de ellos fueron centros activos de búsqueda de la Piedra filosofal.

Aparte su avanzada edad, no existe ninguna prueba de que el Doctor universal hubiera conseguido elaborar la materia filosofal.

El Doctor iluminado

No ocurre lo mismo con Raimundo Lulio, el Doctor iluminado de Palma de Mallorca, al que sus contemporáneos, así como la generación siguiente, atribuyeron la transmutación, en Londres de una enorme masa de metal vil, con el cual el rey Eduardo habría hecho acuñar los famosos «Nobles de la rosa». Acaso y hablando de este hecho, no escribió Raimundo Lulio por sí mismo en el *Último Testamento: Converti una vice in aurum ad L. millia pondo argenti vivi, plumbe et stanni?* Ahora bien, hoy esta transmutación es negada por la mayoría de los historiadores, e incluso es puesto en duda que Raimundo Lulio hubiese practicado la alquimia. Vamos a tratar de recapitular esta cuestión.

Me limitaré a recordar, a grandes rasgos, la carrera del filósofo mallorquín (1). Raimundo Lulio nació en 1233 (o 1235) en Palma, y murió en 1315, así pues, a la edad de ochenta y dos años (u ochenta, si la segunda fecha de nacimiento es la auténtica), dando así pruebas de esa longevidad, extraordinaria para la época, que es el signo distintivo de todos los filósofos herméticos que hemos encontrado hasta ahora. De familia noble y muy rica, Lulio llevó una vida disipada hasta los treinta años. De forma bastante paradójica, fue un amor adúltero el que iba a determinar en él una dramática conversión. Perdidamente enamorado de una dama llamada Ambrosia, a la que perseguía vanamente con sus asiduidades, creyó haber conseguido sus fines el día en que ella aceptó recibirlo en su casa. Pero entonces, desabrochando su blusa, la mujer le mostró sus senos corroídos por un cáncer, diciéndole: «Mira, Raimun-

(1) Véase nota página 68.

do, mira la fealdad de este cuerpo que ha conquistado tu afecto. ¿No habrías hecho mejor en dirigir tu amor hacia Jesucristo, del cual puedes recibir un premio eterno?» Lulio pasó algunos días presa de una gran agitación nerviosa, hasta el momento en que, durante su sueño, tuvo una visión de Jesucristo que le decía: «Raimundo, en adelante sígueme.» El futuro Doctor iluminado juró entonces consagrarse a la gloria de Dios.

Tras una peregrinación a Santiago de Compostela, regresó a Mallorca donde, en una montaña aislada, llevó una vida contemplativa hasta que, por iluminación súbita, concibió su gran obra, el *Ars Magna*, cuyo fin último era confundir a los infieles y llevarlos por la vía del cristianismo. Se dedicó entonces a viajar por toda Europa, con el propósito de llevar la santa palabra. Mientras tanto, había aprendido el árabe, pues soñaba con evangelizar los pueblos allende el Mediterráneo. Durante esas peregrinaciones, en 1289, siguió en Montpellier los cursos de Arnaldo de Vilanova, y fue iniciado al arte hermético. Partió a continuación para Túnez, al objeto de comenzar su campaña de conversión, pero fue expulsado tras haber estado a punto de ser ejecutado. Volvió a Nápoles, donde se encontró otra vez con Arnaldo de Vilanova, y parece que se dedicó a la práctica de la alquimia en compañía suya.

Luego emprendió sus viajes por España, Palestina, Argel, Viena y, finalmente, Inglaterra.

¿Fue de verdad a Inglaterra y transmutó allí el metal de los «Nobles de la rosa»? Toda la cuestión está ahí. Sí, responde Lenglet du Fresnoy en su *Historia de la filosofía hermética*, y éstos son sus argumentos: «Raimundo Lulio estaba aún en Viena, en 1312, cuando recibió unas cartas de Eduardo, rey de Inglaterra, y de Roberto, rey de Escocia, que lo exhortaban a dirigirse a sus Estados. Aquellos dos príncipes, que habían oído hablar de Raimundo, querían ver a un hombre al que se podía considerar como al fenómeno más extraordinario de la Humanidad. Raimundo se dirigió allá; en el ardor de aque-

los príncipes creyó encontrar todas las disposiciones necesarias, bien fuera para una declaración de guerra contra los infieles, o para la recuperación de la Tierra Santa, Eduardo y Roberto parecieron entregarse a los puntos de vista de Raimundo. Esto fue lo que impulsó a este último a abrirse a los príncipes, prometiéndoles todas las sumas necesarias para esa expedición: pero Eduardo, sintiendo más curiosidad por ver el cumplimiento de las promesas del filósofo que por cumplir con la palabra dada, hizo que le dieran una estancia en la Torre de Londres. Raimundo se puso a trabajar, y produjo al rey seis millones en oro, lo cual podía representar unos doce millones del valor de aquellos antiguos tiempos, donde el marco de oro valía sólo cuarenta y cuatro libras. Con ese oro, se hicieron entonces los «Nobles de la rosa», algunos de los cuales pesan hasta diez ducados, lo cual representa cien libras de nuestra moneda corriente. Todos aquellos que han examinado esas piezas tan curiosas y buscadas en Inglaterra, reconocen que son incluso de un oro más perfecto que el de los Jacobos y otras monedas antiguas de oro de ese tipo. Hay incluso una inscripción que los distingue y que muestra que esas piezas fueron hechas por una especie de milagro.»

Dicha inscripción es: *Jesus autem transiens per medium illorum ibat*. Esta cita de san Lucas (cap. IX, v. 30) puede ser traducida así: «De la misma forma que Jesús había pasado invisible por entre los fariseos (*sobrentendido*), así el oro alquímico pasa inadvertido entre vosotros.»

Desgraciadamente, las crónicas que relatan los hechos concernientes a esta transmutación proceden del siglo XVI, y afirman que se realizó bajo el reinado de Eduardo III. Ahora bien, éste llegó a ser rey en 1327, y sabemos que el filósofo murió en 1315. Puede, sin embargo, tratarse de un error de copista. El rey en cuestión podría ser Eduardo II, el cual reinó en 1312-1313, por tanto, en las fechas en que Raimundo Lulio tuvo la posibilidad de efectuar el viaje. Por lo demás, este monarca tenía una urgente necesidad de dinero para sus Cru-

zadas. No obstante, estudios emprendidos por los historiadores contemporáneos sobre los documentos de la época, han demostrado que Raimundo Lulio no transmutó probablemente nunca el oro que sirvió para hacer los «Nobles de la rosa». Parece, en realidad, que Eduardo II pidió consejo a un filósofo hermético, que pudo ser Lulio o uno de sus discípulos, ¡y que éste le sugirió la manera de encontrar el dinero necesario para su Cruzada percibiendo un nuevo impuesto sobre la lana! Con todo, subsiste una duda que, hoy en día no es posible resolver (1).

Queda, sin embargo, la cuestión de si Raimundo Lulio fue efectivamente alquimista y si, en verdad, es el autor de los numerosos tratados herméticos que llevan su nombre. Ciertamente es que en su *Ars Magna*, Raimundo Lulio afirma que los elementos y las especies son estables y no pueden ser transmutadas en otros, lo cual, dice, provoca los llantos y gemidos de los alquimistas. En otro de sus tratados, *De mirabilibus orbis*, escribe: *Aurum chymicum non est nisi apparenter aurum*, es decir: «El oro químico no tiene de oro más que la apariencia.» Estas dos citas prueban sólo que Raimundo Lulio no creía en la posibilidad de las transmutaciones metálicas cuando escribió esos textos, pero ello nada tiene de sorprendente, pues son anteriores a su encuentro con Arnaldo de Vilanova, en 1289, y dado que hasta entonces no había tenido ningún contacto con la filosofía hermética. Es perfectamente admisible que los experimentos de Arnaldo modificaran más tarde su opinión.

En 1311, Lulio publicó un texto claramente autobiográfico que finalizaba con una lista muy larga de sus obras. En ella no aparece ningún título alquímico. También aquí, esto no es decisivo, por cuanto el Doctor iluminado sabía que contaba con numerosos enemigos entre la jerarquía de la Iglesia ca-

(1) Otra objeción procede de la incertidumbre de la fecha en que fue acuñada dicha moneda. En el siglo pasado se creía que se hizo hacia 1310, pero, hoy en día, los expertos se pronuncian en favor de los años 1464 a 1470, lo cual cambia todo.

tólica, algunos de cuyos miembros trataban de hacerlo pasar por hereje. Varios años después de su muerte, Raymond Emeric, en su *Directorio de los Inquisidores*, sitúa a Lulio en la clase de los herejes. Es verosímil que éste prefiriera mantener silencio sobre sus obras concernientes a la filosofía hermética, o incluso que las hubiera dejado publicar por sus discípulos sólo después de su muerte. Finalmente, tan sólo el examen de los propios textos puede incitar a considerarlos como auténticos o apócrifos. En realidad, muchos de ellos se corresponden perfectamente con el estilo del filósofo, incluyen referencias a sus otras obras y hacen alusión, a veces, a acontecimientos históricos contemporáneos de la vida de Lulio. Con todo, estos hechos no han desarmado a los adversarios de la autenticidad de los tratados. A este respecto, Gauzenmüller escribe: «Lo que distingue los falsos de los demás es el cuidado que se ha puesto en su composición. Aunque, en general, están simplemente firmados con el nombre de un autor conocido, en esta ocasión apenas se han tomado la molestia de imitar el estilo de Lulio. El *Ars Magna*, la más importante de esas obras, introduce en las ciencias el empleo de letras, como símbolo de una idea o de un cuerpo. (...) Todo esto aparece en las obras numerosas que han sido, equivocadamente, atribuidas a Lulio, así como las ideas y expresiones que son propias de él. Esta impresión de homogeneidad entre las falsas viene reforzada por el hecho de que las obras aisladas se citan recíprocamente, y de una manera continua, reproduciendo incluso con precisión las primeras palabras de los capítulos citados.» ¡Este análisis llevado a sus últimas consecuencias, llega al sofisma según el cual Shakespeare no escribió jamás una sola de sus obras de teatro, las cuales, en su totalidad, habrían sido escritas por un perfecto desconocido, que se llamaba también Shakespeare!

Inocentemente, Gauzenmüller da la respuesta al falso problema de Lulio alquimista: «En los medios eclesiásticos fue donde tomó cuerpo esta duda: en efecto, era difícil concili-

liar la actividad de alquimista de Lulio con la admiración que se debía tener por un mártir de la fe.» Ciertamente es que Raimundo Lulio no escribió el centenar de pequeños tratados alquímicos que se le atribuyen, y en particular no ese *Último Testamento*, en el cual se le hace enorgullecerse de la transmutación de los «Nobles de la rosa»; pero no es menos probable que sea el autor de las principales obras alquímicas aparecidas con su nombre, en particular las más antiguas, como su *Testamentum*, que debió de servir de base a los falsarios citados.

Con él, dejaremos esta alquimia del siglo XIII, ese siglo de la Edad Media tan injustamente despreciado por los historiadores de las ciencias, cuando la sed de saber era aún inmensa y no había cedido su lugar al cálculo de la siguiente decimal, como en los siglos XVIII y XIX.

FLAMEL Y LA ALQUIMIA DEL SIGLO XIV.

La historia de la alquimia del siglo XIV está dominada por un nombre que ha llegado a ser verdaderamente sinónimo de artífice de oro: Nicolás Flamel. Aún después de tantos siglos, su reputación permanece intacta, de forma que, cuando se reeditó su tratado *El libro de las figuras jeroglíficas*, en 1970, el libro conoció algo más que un simple éxito de curiosidad. Los siete mil ejemplares tirados de esta obra hermética, difícil, dicho sea de paso, casi incomprensible, fueron vendidos rápidamente.

Pese a todo, subsiste la duda sobre la cualidad de alquimista atribuida a Flamel, sin hablar de la paternidad de los tratados que se le atribuyen. En lo que concierne al segundo punto, hoy ya no es posible dar una respuesta segura; por el contrario, el estudio de la vida de Flamel demuestra que su reputación de alquimista no fue usurpada.

Parece probable que Nicolás Flamel nació en 1330, cerca de Pontoise, en el seno de una familia modesta, la cual le enseñó, sin embargo, el arte de la escritura. Así, en su juventud, pudo ir a establecerse a París, como escribano público, y se instaló cerca del cementerio de los Santos Inocentes, para el que conservó una predilección muy particular. Algo más tarde, casi todas las gentes de su profesión tuvieron que abandonar ese barrio de París para ir a establecerse bajo los pilares

de la iglesia de Saint-Jacques-la-Boucherie, y Flamel siguió el movimiento. Se había casado con una mujer algo mayor que él, viuda por dos veces, doña Perrenelle, que aportó algunos bienes al matrimonio. Flamel adquirió dos tenderetes, en uno de los cuales trabajaba él mismo, siendo el otro para sus aprendices y su taller de copista de libros. Tales tenderetes eran bastante pequeños y no deben dar lugar a considerar a Flamel como persona rica; digamos sólo que había accedido a la baja burguesía. La vida de Flamel discurría tranquila y muy alejada de las preocupaciones filosóficas y alquímicas, cuando el azar lo puso en presencia de un libro que cambiaría el curso de su vida.

Señalemos que la escena tan conocida del ángel apareciéndose en sueños al escribano público y mostrándole el libro, diciendo: «Flamel, contempla este libro; no comprendes nada de él, ni tú ni muchos otros, pero llegará un día en que tú verás lo que nadie sabe ver», es una pura invención de un publicista del siglo XIX. Por otra parte, la verdad ha sido contada por el propio Nicolás Flamel en su *Libro de las figuras jeroglíficas*:

«Aunque yo, Nicolás Flamel, escribano y habitante de París, en este año de 1399, y residiendo en mi casa de la calle de los escribanos, cerca de la capilla de Saint-Jacques-la-Boucherie; aunque, digo yo, no he aprendido más que un poco de latín, debido a los escasos medios de mis padres, que, sin embargo, son considerados incluso por los envidiosos como gentes de bien..., no he dejado de entender a lo largo de los libros de los filósofos y de aprender en ellos sus secretos tan ocultos. Este es el motivo por el que no habrá un instante en mi vida, acordándome de ese lugar destacado, que, de rodillas si el lugar lo permite, o bien en mi corazón, con todo mi afecto, no dé por ello gracias a Dios tan benigno, el cual no permite nunca que el hijo del justo mendigue a las puertas, y que tampoco engaña a aquellos que confían enteramente en su bendición. Por tanto, ocurrió que, después del fallecimiento de mis

padres, cuando me ganaba la vida con nuestro arte de la escritura, haciendo inventarios, llevando cuentas y liquidando los gastos de tutores y menores, cayó entre mis manos, por la suma de dos florines, un libro dorado, muy viejo y de gran tamaño. No era de papel o de pergamino, como los demás, sino que estaba hecho de delgadas cortezas (así me lo pareció) de tiernos arbolillos. Su cubierta era de cobre muy fino, y estaba grabada con letras o figuras extrañas; por mi parte, creo que podía tratarse de caracteres griegos u otra lengua antigua semejante. Hasta tal punto que yo no sabía leerlas, y bien sé que no eran notas ni letras latinas o galas, pues entiendo un poco de ello. En cuanto a su interior, aquellas hojas de corteza estaban grabadas, y con gran habilidad, con un buril de hierro, en bellas y muy claras letras latinas coloreadas. Contenía tres veces siete hojas, de las cuales la séptima carecía siempre de escritura alguna. En su lugar, aparecían pintadas, en la primera séptima, una virgen y unas serpientes que se engullían; en la segunda séptima, una cruz, en la que era crucificada una serpiente; y en la última séptima, se veían unos desiertos de los que manaban bellas fuentes; de algunas de esas fuentes salían varias serpientes que corrían de un lugar a otro. En la primera de las hojas había escrito en gruesas letras mayúsculas doradas: *Abraham, judío, príncipe, levita, astrólogo, filósofo de la nación de los judíos, por la ira de Dios dispersada, a los galos, salud D. T.* Tras aquello, la hoja estaba repleta de grandes execraciones y maldiciones, con aquella palabra MARANATHA (repetida con frecuencia) contra toda persona que pusiera los ojos encima, de no tratarse de un sacrificador o escriba. Quien me vendió ese libro no sabía lo que valía, como tampoco yo, que lo compré. Creo que había sido robado a los miserables judíos o encontrado en alguna parte oculto en el antiguo lugar de su residencia.»

Nicolás Flamel quedó al punto convencido de que el arte alquímico ya no tendría ningún secreto para él; por desgracia, todas las explicaciones referentes a la materia primera ha-

bían sido omitidas y remplazadas por figuras iluminadas que Flamel no llegó jamás a comprender. Introdujo a su mujer doña Perrenelle en el secreto, y ella le proporcionó un aliento constante. Sin embargo, la inspiración no acudió, y, tras años de estudio, Flamel no había avanzado un paso. Resolvió, pues, meter en el secreto a un letrado amigo suyo, licenciado en Medicina, Maître Auseaulme. Éste había afirmado varias veces que era experto en arte hermético, pero lo que hacía era presumir, y sus explicaciones hicieron perder también muchos años a Flamel, el cual manifestó: «Ello fue causa de que, durante el largo espacio de veintiún años, hiciera mil destilerías, aunque no con sangre, que es algo malvado y vil, pues hallé en mi libro que los filósofos llamaban sangre al espíritu mineral que reside en los metales, principalmente en el Sol, la Luna y Mercurio, a cuya unión siempre tendía yo.» Entonces, Nicolás Flamel se decidió a emprender una peregrinación a Santiago de Compostela, durante la cual contaba con descubrir el famoso secreto de la materia primera, bien fuera porque Dios se lo entregara por inspiración directa como recompensa a la peregrinación, o porque pudiera recibir la iniciación de algún sabio doctor judío, como los que podían encontrarse entonces en España.

Aquí, se plantea una cuestión para el hermetista: ¿Debe ser entendido ese viaje a Compostela en un sentido literal, o sólo en un sentido alegórico? Esta segunda hipótesis es la que defiende el adepto contemporáneo Fulcanelli en su obra *Las moradas filosóficas* (*): «Esas sugerencias ayudan a comprender el error en el que han caído muchos ocultistas, tomando el sentido literal de relatos puramente alegóricos, escritos con la intención de enseñar a unos lo que era preciso ocultar a los otros. El propio Albert Poisson se dejó atrapar en la estratagema. Creyó que Nicolás Flamel, abandonando a doña Perenelle, su mujer, así como su escuela y sus ilumina-

(*) Dicha obra ha sido publicada en esta colección «Otros Mundos». (N. de los E.)

ciones, había cumplido efectivamente, a pie y por la ruta ibérica, el voto formulado ante el altar de Saint-Jacques-la-Boucherie, su parroquia. Ahora bien, nosotros certificamos, si se puede confiar en nuestra sinceridad, que Flamel nunca salió de la bodega en la que ardían sus hornos. Aquel que sabe lo que es el bordón, la calabaza y la *mérelle* del sombrero de Santiago, sabe también que decimos la verdad. Sustituido por los materiales y tomando modelo del agente interno, el gran adepto observaba las reglas de la disciplina filosófica y seguía el ejemplo de sus predecesores.»

En la misma obra (en el capítulo titulado «El hombre de los bosques»), Fulcanelli vuelve a plantearse la cuestión del viaje alegórico a Santiago de Compostela: «Pasaremos por alto, pues, este gracioso motivo, lamentando que esté incompleto, para estudiar el último de los figurantes, *el peregrino*. Nuestro *viajero*, sin la menor duda, ha caminado durante mucho tiempo; sin embargo, su sonrisa muestra cuán alegre y satisfecho está de haber cumplido su voto. Pues el zurrón vacío y el bordón sin calabaza indican que se digno hijo del Auvernia no tiene que preocuparse en lo sucesivo de beber o de comer, por añadidura, la concha fijada al sombrero, insignia especial de los peregrinos de Santiago, demuestra que acaba de regresar directamente de Compostela. El infatigable caminante tras el *libro abierto* —ese libro adornado con las bellas imágenes que Flamel no sabía explicar—, que una revelación misteriosa le permite ahora traducir y utilizar. Ese libro, pese a que es muy corriente, aunque cada cual puede adquirirlo fácilmente, no puede ser, sin embargo, abierto, es decir, comprendido, sin revelación previa. Tan sólo Dios, por la intercesión del "Señor Santiago", concede a aquellos que juzga dignos de ello el rayo de luz indispensable. Es el *libro del Apocalipsis*, de páginas cerradas con siete sellos, el libro iniciático que nos presentan los personajes encargados de exponer las elevadas verdades de la ciencia. Santiago, discípulo del Salvador, no lo abandona; con la calabaza, el bordón bendito y la concha,

posee los atributos necesarios para la enseñanza oculta de los peregrinos de la Gran Obra. Éste es el primer secreto, aquel que los filósofos no revelan, y que reservan bajo la expresión enigmática del *camino de Santiago*. Todos los alquimistas están obligados a emprender este peregrinaje. En un sentido figurado, al menos, pues se trata aquí de un *viaje simbólico*, y aquel que desea sacar provecho de él no puede, ni siquiera un instante, abandonar el laboratorio. Le es necesario vigilar sin tregua el recipiente, la materia y el fuego. Debe, día y noche, permanecer en la brecha. Compostela, ciudad emblemática, no está situada en tierra española, sino en la propia tierra del sujeto filosófico. Camino rudo, penoso, lleno de imprevistos y de peligro. ¡Ruta larga y fatigosa por la cual lo potencial se vuelve actual y lo oculto, manifiesto! Esta preparación delicada de la materia prima, o *mercurio común*, es lo que los sabios han velado bajo la alegoría de la peregrinación a Compostela.»

Por otra parte, si estudiamos el relato que Flamel hace de su viaje a Compostela, vemos que puede ser efectivamente interpretado en un sentido simbólico, refiriéndose al magisterio filosófico. Flamel, después de haber llegado a Santiago, se habría detenido a su regreso en la ciudad de León, víctima de una enfermedad. Allí, encontró a un sabio doctor judío, maese Canchas, el cual le aportó las revelaciones necesarias para la comprensión de las figuras jeroglíficas de su libro, gracias a su conocimiento de la cábala. Acompañó a Flamel a París, pero murió en el viaje, en Orleans, tras haber acabado de iniciar al escribano público. Esta descripción es, por supuesto, la de la «muerte» de la primera materia, que es el punto de partida de la alquimia operativa.

Nicolás Flamel aún necesitó tres años para llegar a elaborar finalmente la Piedra filosofal, lo que demuestra que debió de utilizar la vía húmeda, de la cual ya hemos hablado, y no la vía seca, infinitamente más breve. Oigámosle contar su éxito, que ocurrió el 17 de enero de 1382: «Por último,

encontré lo que deseaba, lo que inmediatamente reconocí por su fuerte olor. Al tener esto, realicé fácilmente el magisterio. Después de todo, sabiendo la preparación de los primeros agentes, y siguiendo al pie de la letra mi libro, no habría podido fallar, aunque lo hubiese querido. Así, pues, la primera vez que hice la proyección, fue sobre mercurio, aproximadamente media libra del cual convertí en plata pura, mejor que la procedente de la mina, tal como verifiqué e hice verificar varias veces. Eso ocurrió el 17 de enero, un lunes, aproximadamente al mediodía, en mi casa, en presencia sólo de Perrenelle, en el año de gracia de 1382. Posteriormente, y siempre siguiendo al pie de la letra mi libro, lo logré con la piedra roja, con una cantidad parecida de mercurio, también ante la sola presencia de Perrenelle, en la misma casa, veinticinco días después, a las cinco de la tarde. En esta ocasión conseguí transmutarlo en una cantidad casi igual de oro puro, verdaderamente de mejor calidad que el oro común, más dúctil y flexible que éste. Puedo decirlo en verdad. Lo consumí tres veces con la ayuda de Perrenelle, la cual entendía tanto el procedimiento como yo, por haberme ayudado en mis operaciones; y, sin duda, si ella hubiera querido intentarlo por sí misma, lo habría logrado. Yo tenía suficiente con hacerlo una sola vez; pero sentía un gran placer contemplando en los recipientes las obras admirables de la Naturaleza. Para demostrarte cómo lo he realizado tres veces, verás en este arco, si sabes conocerlo, tres hornos parecidos a los que se usan en nuestras operaciones. Durante mucho tiempo, tuve miedo de que Perrenelle no pudiera ocultar la alegría de su felicidad suprema, que yo medía por la mía, y se le escapara alguna palabra a sus parientes acerca de los grandes tesoros que poseíamos, pues la alegría extrema quita los sentidos, tanto como la gran tristeza. Pero la bondad del gran Dios no me había colmado solamente de la bendición de darme una mujer casta y prudente; ésta era no sólo capaz de razonar, sino de esmerarse en su discreción, superando en ello a las mujeres

comunes.»

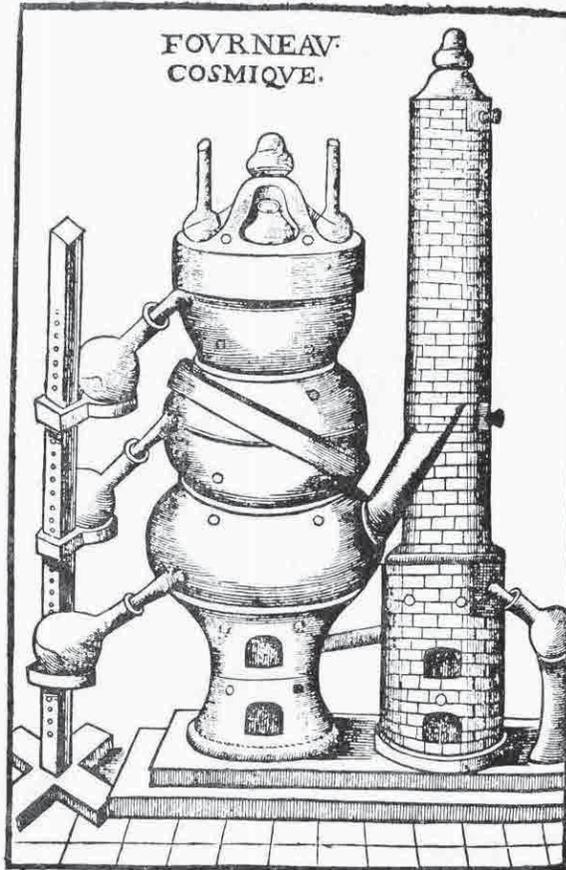
Está comprobado que ese año de 1382 fue el del comienzo de la formidable fortuna de Nicolás Flamel. En poco tiempo, llegó a ser propietario de una treintena de casas o inmuebles, hizo construir varias capillas, algunos hospitales, restaurar el pórtico de la iglesia de Sainte-Geneviève-des-Ardents, y ofreció una suma considerable al establecimiento de los Quince-Vingts, que, en reconocimiento, organizó cada año—hasta 1789—una procesión hasta la iglesia de Saint-Jacques-la-Boucherie, parroquia de Flamel. No se trata en este caso de un rumor, pues los eruditos han podido encontrar en el siglo pasado un gran número de actas (1), aproximadamente cuarenta, conservadas en Saint-Jacques-la-Boucherie, atestiguando todas ellas tales posesiones del escribano público. La fortuna de Flamel fue pública y notoria en su época, tanto que llegó a oídos del rey Carlos VI, el cual envió a su relator del Consejo de Estado, el señor de Cramoisy, a investigar sobre el origen de las riquezas de Flamel. La manera como Flamel salió de ese apuro fue contada, en 1655, en la obra *Tesoros de búsquedas y antigüedades galas y francesas*, de Pierre Borel, consejero y médico ordinario del rey: «Habiendo llegado a oídos del rey noticias sobre la riqueza de Flamel, el monarca envió a su casa al señor de Cramoisy, relator del Consejo de Estado, para averiguar si lo que le habían contado era verdadero; pero éste le halló viviendo en la humildad, e incluso utilizando vajilla de barro. Sin embargo, se sabe por tradición que Flamel se sinceró con él, habiéndolo encontrado un hombre honesto, y le dio un matraz lleno de su polvo, que se dice fue conservado largo tiempo en esa familia, y que lo obligó a poner a salvo a Flamel de las pesquisas del rey.»

Aparte sus adquisiciones y del bien que hizo en torno suyo, Flamel tuvo la prudencia de no modificar su tren de vida, pudiendo así disfrutar tranquilamente de las alegrías de la exis-

(1) Conservadas actualmente en la Biblioteca Nacional.



Wei Po-yang, su perro y su discípulo Yu. (Según L.-C. Wu y T. L. Davis, «An Ancien Chinese treatise on Alchemy entitled *Ts'an T'ung Ch'i*, «Isis», núm. 53, 1932, pág. 213.)



El atañor filosófico. [En *Le vray et méthodique cours de la physique résolutive*, de Annibal Barlet.]

tencia hasta 1418, es decir, hasta la edad de ochenta y ocho años, algo muy raro en aquella época, pero que nada tiene de extraordinaria, como hemos visto, entre los poseedores del elixir de larga vida. Perrenelle, mayor que él, había muerto en el 1404, aunque esta fecha es poco segura. En su testamento, Flamel hacía donación de todos sus bienes a Saint-Jacques-la-Boucherie, lo que provocó el descontento de su sobrino Perrier, que se consideró perjudicado. Sin la menor duda, éste despreció lo esencial de la herencia de su pariente; Flamel le había legado, en efecto, un breve tratado de alquimia, *El salterio químico*, del que una copia parcial está escrita en los márgenes de su propio misal en un lenguaje cifrado. Por otra parte, este ejemplar único se conserva todavía en la Biblioteca Nacional. Pero Perrier no era alquimista y no comprendió la importancia del legado que se le había hecho. La historia de este misal tan particular fue estudiada a comienzos de siglo por René Schwaeblé en su obra *La Divina Magia* (publicada por el autor en 1918), de la que citaré aquí algunos extractos del capítulo 11: «Flamel dejó un tratado hermético a uno de sus sobrinos, uno de los tres hijos de su cuñada Isabelle Perrier. Dicho Perrier heredó también sus papeles, matraces y otros aparatos alquímicos. A la muerte de Perrier, todo eso pasó a las manos de un médico, llamado Du Parrain, quien se lo regaló a su ahijado Dubois. Éste usó el polvo contenido en el matraz.» Veamos lo que cuenta un contemporáneo suyo: «La otra persona con la que Morin (1) gustaba de mantener conversaciones era M. de Chavigny, quien había estado presente en la prueba que Dubois hizo de su polvo de proyección, ante los ojos del propio rey, el cual se hizo cargo de aquel oro recién fabricado para hacerlo contrastar por su probador de la moneda; éste, después de la última prueba, declaró que el oro en cuestión era más fino del que ordinariamente se servía, y que lo que le sorprendió fue que lo encontró más pesa-

(1) Se trata del célebre astrólogo Morin de Villefranche, autor de *Astrología gallica*.
7 — 3277

do después de efectuada la operación. Ahora bien, como esta historia, una de las más curiosas sin duda de aquellas que se han oído en el siglo actual, ha tenido facetas muy distintas, he creído que no estaría totalmente fuera de lugar darle aquí su verdadera luz y decir, en honor de la química y por amor a la verdad, que no hubo ninguna picardía en la prueba que Dubois hizo de su polvo. El crisol fue adquirido sin trampa alguna en casa de un comerciante; M. de Chavigny recogió de las bandoleras de los guardias algunas balas de plomo que fueron fundidas; y Su Majestad puso por sí mismo el polvo que se le entregó, en muy escasa cantidad, dentro de un poco de cera, tras haberlo enrollado en un papel para sujetarlo más fácilmente. Pero, ¿a qué se debe, pues, el tratamiento que se le dio a Dubois? Constituye un designio oculto de la Providencia. Lo que supe de ello es que quisieron obtener su secreto, y, bien fuera porque se empeñó en no darlo, o porque no fuera él el autor del polvo, como parece que es así realmente, se cansaron de sus demoras y lo arrestaron en Rueil, donde él iba a menudo a conferenciar con Su Eminencia, y, con el pretexto de la seguridad de su persona, le proporcionaron el bosque de Vincennes como alojamiento y unos guardias de corps para hacerle compañía.»

En los siglos XVI y XVII, veremos cómo la suerte de ese desgraciado Dubois fue compartida por muchas otras personas, a las que prudentes alquimistas habían confiado una parte de su polvo de proyección para efectuar demostraciones públicas, mientras ellos permanecían entre bastidores. El texto citado por Sachwaeblé, y extraído de la bibliografía de J. B. Morin de Villefranche, no basta, desgraciadamente, para probar, por sí solo, la existencia del polvo transmutatorio de Flamel. Es, con todo, digno de atención, pues Morin, profesor de matemáticas del Colegio de Francia y astrólogo real, era un íntimo de M. de Chavigny.

Existen numerosos relatos que dan fe de la supervivencia de Flamel y Perrenelle, los cuales habrían simulado su falleci-

miento y se habrían marchado a continuación a la India —donde vivirían aún—, pero pertenecen todos a la leyenda, y no tienen cabida en este libro. La única conclusión que podemos sacar del estudio de la vida de Nicolás Flamel es que hizo fortuna después de haber descubierto una obra alquímica. Así, pues, ¿tuvieron esas riquezas un origen hermético? Nada menos seguro; pero, ¿qué otro origen podían tener? Ninguno, al parecer, pues Flamel era un pequeño artesano famoso por su honradez y, contrariamente a ciertas fabulaciones de autores del siglo XIX, jamás ejerció la profesión de usurero. Por tanto, es probable que Nicolás Flamel fuera realmente un artífice de oro, como siempre se ha creído.

**LA ALQUIMIA DEL SIGLO XV
EN FRANCIA, INGLATERRA E ITALIA**

Este siglo nos ofrece un ministro francés muy extraño, Jacques Coeur, que, en menos de diez años, amasó una inmensa fortuna, gracias, se dice, a la práctica de la alquimia. Sin embargo, las prevaricaciones, malversaciones y otras deshonestidades del personaje en cuestión pueden inducir a creer que su oro procedió, sobre todo, de sus robos al Estado y de préstamos usurarios. Examinemos, sin embargo, la cuestión más detenidamente.

Jacques Coeur nació a principios del siglo xv. Su padre era un pequeño artesano orfebre de Bourges, el cual no pudo siquiera pagar los estudios de su hijo Jacques para que éste obtuviera los conocimientos necesarios para el ejercicio de su profesión. Por tal razón, Jacques tuvo que entrar, en 1428, como simple obrero en la Moneda. De todos modos, en un lapso de tiempo muy breve, consiguió ganar el suficiente dinero como para convertirse en maestro de la Moneda, y luego en tesorero de Ahorros, correspondiendo ese puesto al de guardián del Tesoro Real. Parece que su fortuna súbita tuvo como origen la amistad que le otorgó Agnès Sorel, la señora de Beauté, sobrenombre que no procedía en absoluto de su encanto físico, sino del nombre del señorío de Beauté-sur-Marne, en Nogent, que le había regalado el rey Carlos VII, de quien ella era su favorita.

En lo sucesivo, y siendo depositario de fondos importantes, Jacques Coeur pudo dedicarse al comercio. Se le acusó entonces de establecer monopolios sobre ciertas mercancías importadas del extranjero. En su *Historia de la filosofía hermética*, Lenglet du Fresnoy no se muestra muy blando con el ministro, pues escribe: «Como Jacques Coeur poseía gran autoridad, abusaba tranquilamente de su poder: falsificó el dinero y las monedas y, para hacerlo impunemente, sin hacer entrar en el secreto a algunos cómplices que podían aportar pruebas contra él de malversación, hizo duplicar el cuño real, e incluso su pequeño sello. Por este medio, aparentaba estar autorizado a transferir fondos a países extranjeros, y, con las rentas del Estado, armó galeras por su propia cuenta. Pero, a fin de proporcionarles tripulación, empleaba tanta violencia que llegó hasta coger por la fuerza, entre los súbditos del rey, a los remeros que necesitaba. Se demostró, incluso, que había despojado a los genoveses de diez mil escudos, suma muy considerable entonces.»

Yo no sé si llegó a despojar a los genoveses, pero la verdad es que fue embajador de Carlos VII en Génova, en 1446.

Llegamos así al período más fastuoso de Jacques Coeur, que comienza en 1449. El rey había decidido recuperar la provincia de Normandía, y tenía necesidad de dinero para organizar la expedición. Jacques Coeur, guardián del Tesoro Real, facilitó a su príncipe doscientos mil escudos de oro, suma enorme que parece demostrar que el ministro era menos deshonesto de lo que se pretende, o bien que disponía, a título personal, de inagotables fuentes de ingresos. Con ocasión de la entrada de Carlos VII en Ruán, Jacques Coeur penetró en la ciudad al lado de su amigo el conde de Dunois (que se había hecho célebre anteriormente con Juana de Arco) y otros grandes de la Corte. Para recompensar a Jacques Coeur por su generosidad, lo cual parece indicar claramente que el dinero facilitado procedía de sus fondos personales, Carlos VII lo nombró tesorero mayor del rey al año siguiente, es decir, de hecho,

Ministro de Hacienda.

Más tarde, Jacques Coeur adquirió numerosas propiedades, castillos y tierras señoriales. Sus negocios prosperaron, y el número de sus galeras aumentó sin cesar, así como el de sus comisionistas (unos trescientos aproximadamente) que recorrían el reino en todas direcciones para procurar nuevos e interesantes negocios a su amo. Se pretende que practicó la prevaricación en gran escala, robando al Estado y a su príncipe sin el menor pudor. Entre otras cosas, se le acusa de haber vendido armas a los infieles, así como de haber colocado su dinero en el extranjero, para mayor seguridad: otros tiempos, mismas costumbres, podría decirse, pues tráficos de esta clase, aunque no son quizá ya obra de ministros, son, ¡ay!, corrientes en nuestra época. En 1446, en el apogeo de su gloria, Jacques Coeur obtuvo para su hermano Nicolas el arzobispado de Bourges, que estaba en principio reservado a un señor de ilustre cuna.

Fue entonces cuando mandó construir en su villa de Bourges un hotel magnífico, que se puede aún admirar en nuestros días, en el que están grabados los emblemas de la ciencia hermética. Publicó, también en la misma época, un tratado sobre el arte transmutatorio, en el que reconocía su cualidad de filósofo hermético. Pero no parece que los contemporáneos de Jacques Coeur hubieran creído un solo instante en sus talentos de artista. Por el contrario, estimaron que el origen de sus riquezas debía ser buscado únicamente en los robos cometidos al Estado y en la competencia desleal frente a sus colegas comerciantes.

En 1450, fue el albacea testamentario de Agnès Sorel, pero la ruina de su crédito se aproximaba. Dos años más tarde, fue acusado de varios crímenes ante el rey, incluyendo el de haber envenenado a la dama de Beauté. Todas las acusaciones de malversación, prevaricación, robo, etc. fueron «demostradas»; por contra, se le reconoció inocente de la acusación de homicidio en la persona de Agnès Sorel. Al principio, el rey no

quiso creer en la traición de un ministro a quien él estimaba tanto, y se negó a ordenar que lo arrestaran. Jacques Coeur, creyendo haber conservado su crédito intacto, aceptó presentarse ante Carlos VII para justificarse de las acusaciones dirigidas contra él. Pero las pruebas acumuladas por sus adversarios eran tan abrumadoras que no pudo negar sus crímenes. Fue condenado a muerte por decreto del 19 de mayo de 1453. Sin embargo, un resto del favor real, añadido a una petición de clemencia del Papa Nicolás V, hizo que le conmutara su pena. Todos sus bienes fueron confiscados y se le obligó a pedir perdón públicamente. Fue condenado al destierro perpetuo de Francia, después de pagar una formidable multa de cuatrocientos mil escudos de oro. Ahora bien, a aquel hombre encarcelado, al que se le habían confiscado todos sus bienes, se le obligó a pagar esa suma fabulosa en muy poco tiempo. Se retiró luego a la isla de Chipre, donde se estableció, volviéndose a casar. Y no estaba entonces en absoluto arruinado, pues se cree que llegó a Chipre con sesenta mil escudos de oro aproximadamente. Permaneció en la isla hasta 1456, fecha de su muerte.

Examinaremos ahora las razones que pueden permitir dudar de la opinión de los contemporáneos de Jacques Coeur y, en consecuencia, atribuir sus riquezas a un origen alquímico.

Ante todo, está el hecho que Jacques Coeur, en vida incluso del rey Carlos VII, fue exonerado de todas las acusaciones que se habían presentado contra él, beneficiándose de una rehabilitación completa por desgracia después de su muerte. Podemos también señalar que los dos compañeros del ministro destituido, Jean de Village y Guillaume de Varie, fueron personajes perfectamente honorables y de un gran desinterés, hasta el punto de que Eugène Canseliet, en un artículo que dedicó a Jacques Coeur (en *La Tour Saint-Jacques*, n.º 8, 1957) pudo afirmar: «Esta pureza, esta nobleza de corazón y de espíritu, ¿no resultan sorprendentes, tratándose sólo de una empresa comercial, de la que historiadores y biógrafos afirman unáni-

memente que Jacques Coeur fue su fundador y su alma? He aquí, en verdad, una sociedad de mercaderes muy singular, que más bien ofrecía todas las características de solidaridad absoluta, que reinaba en el seno de las fraternidades iniciáticas tan en boga en la Edad Media. Negocio bastante poco trivial, en cualquier caso, en el que, a falta de mercancía suficiente para intercambiar por las importaciones, se pagaba éstas con vajilla de oro o de plata, perlas, gemas o diamantes, cuando no se hacía, como de ordinario, con lingotes de plata fina. En cuanto a la mina de galena argentífera que Jacques Coeur poseía en el Ródano, se volvió curiosamente deficitaria en el instante en que el ministro fue arrestado, y las cuentas e inventarios desaparecieron misteriosamente.»

Para Canseliet, sin la menor duda, dicha mina servía como tapadera a la fabricación de plata alquímica por el tesorero mayor de Francia.

Pierre Borel, en su *Tesoros de búsquedas y antigüedades galas y francesas* (París, 1655) piensa del mismo modo, pues escribe que Jacques Coeur «poseía la Piedra filosofal, y que todos los negocios que tenía en el mar, sus galeras y las monedas que gobernaba no eran más que pretextos para ocultarse, a fin de no parecer sospechoso». Borel habla también de sus monedas de plata de tres soles, que, por otra parte, se llamaban los «Jacques Coeur», y de los cuales el cirujano del rey Luis XIII, David de Planis-Campy, habla en estos términos: «No puedo pasar por alto la muerte de Jacques Coeur, quien, en consideración al secreto que poseía, obtuvo de Carlos VII poder para acuñar moneda de plata pura, piezas que valían tres soles, llamados de Jacques Coeur: en su reverso aparecían tres corazones, que eran su escudo de armas, y aún se ven algunas veces.» (*La apertura de la escuela de filosofía transmutatoria metálica*, París, 1633, citado por Eugène Canseliet.)

Otra razón para considerar con ciertas dudas las acusaciones de que fue víctima Jacques Coeur es el interés que siempre demostró por él el Papa Nicolás V, aún después de su condena.

El 16 de marzo de 1455, escribía en una cédula: «Lo que presentimos hace algún tiempo, lo rememoramos ahora con más atención por la llegada del tesorero de Francia que, últimamente, cuando lo aprobamos, llegó a Roma, porque sus enemigos y los que le tienen envidia se esforzaron en hacerlo caer en desgracia ante su Majestad Real. Entre otras cosas, lo calumniaron, principalmente a causa de lo que había hecho para ellos, y porque se había encargado, para nosotros y para la Iglesia Romana, de la importante suma de dinero que se elevaba a cien mil ducados, y más aún. En reciprocidad, se había ocupado cerca nuestro de diferentes cosas para esa misma Majestad. Por tal motivo, ha soportado injustamente persecuciones dolorosas e inmensas.»

Finalmente, y sobre todo, las diversas esculturas herméticas que Jacques Coeur hizo realizar en su hotel particular fueron examinadas con atención por Fulcanelli, y luego por su discípulo Eugène Canseliet, llegando ambos a la conclusión de la existencia de un auténtico saber alquímico en él, cosa que se compagina mal con la imagen de un sórdido traficante deseoso solamente de enriquecerse.

¿Fue, por tanto, Jacques Coeur un filósofo hermético, o tan sólo un ministro prevaricador? Dejaré que sea el lector quien decida por sí mismo.

En Italia, en la misma época, el principal filósofo hermético fue seguramente Bernardo, conde de la Marca Trevisana, pequeño Estado veneciano. Se lo designa frecuentemente con el nombre del Buen Trevisano, pues, en sus obras alquímicas, tenía la reputación de haber sido más claro, más caritativo que muchos de sus predecesores. He leído su *Tratado de la filosofía natural de los metales*, y debo reconocer que en una forma alegórica, es verdad que Bernardo el Trevisano da, efectivamente, indicaciones más concretas que muchos otros tratados. ¡Que el lector no vaya a imaginarse, sin embargo, que la

lectura de las obras del Buen Trevisano le permitirá realizar la Piedra filosofal! Su texto incluye tal cantidad de aspectos oscuros, incluso de mentiras, deslizadas traidoramente en medio de un párrafo «caritativo», que no hay forma de llegar a buen puerto.

Ya conté detenidamente la vida del conde Bernardo en otro lugar (1). Por esto, aquí la resumiré en unas pocas líneas tan sólo, antes de extenderme en una de las dos parábolas que fueron el origen de la celebridad de este autor en la literatura alquímica. Bernardo nació en 1406 en Padua. A la edad de catorce años, fue iniciado a la alquimia por su padre, quien le hizo estudiar más particularmente los trabajos de Geber. El Buen Trevisano se entusiasmó inmediatamente por la búsqueda de la Piedra filosofal, y consagró a ello toda su vida. Felizmente para él, disponía de una fortuna familiar considerable, la cual, por lo demás, perdió totalmente. Tras una búsqueda incesante, emprendida a través de toda Europa durante decenas de años, Bernardo el Trevisano se retiró, arruinado, a la isla de Rodas, aproximadamente en 1485, entregándose por última vez al estudio de los trabajos de Geber. Los múltiples fracasos que habían salpicado esa búsqueda loca, durante su vida, le hicieron comprender finalmente ciertos secretos operativos que el estudio de Geber, realizado en su juventud, no le había permitido captar entonces, y la tradición alquímica cuenta que el conde Bernardo logró fabricar la Piedra filosofal a la edad de ochenta y dos años. Vivió todavía hasta 1490, siempre en la isla de Rodas, y fue en ese momento cuando escribió sus tratados: *La palabra abandonada*, *La filosofía natural de los metales*, y, probablemente, el *Sueño verde*. La atribución de este último texto es menos segura; con todo, su espíritu se aproxima mucho a aquel que encontramos en «La alegoría de la fuente», que el Buen Trevisano colocó en *La palabra abandonada*, y, por otra parte, el propio autor cita el

(1) Véase nota página 68.

Sueño verde. Existen, pues, grandes probabilidades de que sea su autor; voy a citar ahora dicho texto aquí *in extenso*, pues resulta muy representativo de un cierto número de tratados alquímicos alegóricos:

«Me encontraba sumergido en un sueño muy profundo, cuando me pareció ver una estatua de unos quince pies de altura más o menos, que representaba a un anciano venerable, bello y perfectamente bien proporcionado en todas las partes de su cuerpo. Su ondulada cabellera era muy abundante y de color plateado. Los ojos, de un turquesa fino, y, en medio de ellos, como engarzados, unos carbunclos tan brillantes que yo no podía soportar su luz. Sus labios eran de oro, y sus dientes, perlas orientales, estando todo el resto del cuerpo como moldeado en un rubí muy brillante. Con el pie izquierdo tocaba un globo terrestre, que parecía sostenerlo. Llevaba el brazo derecho levantado y extendido, y parecía sostener con la punta del dedo un globo celeste por encima de su cabeza. En la mano izquierda sostenía una llave, hecha de un voluminoso diamante bruto.

»Aquel hombre, aproximándose a mí, me dijo: «Soy el genio de los sabios; no temas seguirme.» Luego, cogiéndome por los cabellos, con la misma mano que sostenía la llave, me levantó y me hizo atravesar las tres regiones del aire, la del fuego y los cielos de todos los planetas. Y aún me llevó mucho más lejos; luego, habiéndome envuelto en un torbellino, desapareció, y me encontré sobre una isla flotante en un mar de sangre. Sorprendido de hallarme en un país tan alejado, me paseaba por la orilla; y, examinando aquel mar con gran atención, reconocí que la sangre que lo constituía estaba viva y muy caliente. Percibí incluso que un viento muy suave, que la agitaba incesantemente, mantenía su calor y provocaba en aquel mar una efervescencia que inducía un movimiento casi imperceptible en la isla.

»Lleno de admiración por ver aquellas cosas tan extraordinarias, reflexionaba acerca de tantas maravillas; de improviso me di cuenta de que había varias personas cerca de mí. Al

principio supuse que, tal vez, querían causarme daño, y me deslicé bajo una mata de jazmines para ocultarme; pero, como el olor de éstos me adormeció, me encontraron y me capturaron. El más alto del grupo, que parecía ser el que mandaba, me preguntó, con aspecto fiero, quién me había hecho tan temerario como para venir desde los Países Bajos a aquel imperio tan alto. Le conté entonces de qué manera había sido transportado. Al punto, aquel hombre, cambiando instantáneamente de actitud, así como de maneras, me dijo: «Sé bien venido, tú que fuiste conducido aquí por nuestro muy alto y muy poderoso Genio.» Luego me saludó, lo que hicieron también todos los demás, al modo de su país, que consistía en acostarse totalmente sobre la espalda, luego hacerlo sobre el vientre y, finalmente, levantarse. Yo les di las gracias, pero según la costumbre de mi país. Él me prometió entonces presentarme al Hagacestaur, que es su emperador. Rogó que lo perdonara por no disponer de un vehículo para llevarme a la ciudad, de la que distábamos una legua. Durante el camino, me habló sólo del poder y de las grandezas de su Hagacestaur, quien, decía, poseía siete reinos, habiendo elegido aquel que estaba en medio de los otros seis para establecer su residencia.

»Como advirtió que tenía apuros en caminar sobre las flores de lis, rosas, jazmines, claveles y nardos, y una prodigiosa cantidad de las más bellas y curiosas flores, que crecían incluso en los caminos, me preguntó, sonriendo, si temía causar daño a esas plantas. Le respondí que sabía perfectamente que ellas carecían de alma sensitiva, pero que, como en mi país eran muy raras, sentía repugnancia en pisarlas con los pies.

»Al no descubrir, en toda la campiña, más que flores y frutos, le pregunté dónde sembraban su trigo. Él me respondió que no lo sembraban, pero que, como podía encontrarse en cantidad en las tierras estériles, el Hagacestaur ordenaba lanzar la mayor parte de él a nuestros Países Bajos para placer nuestro, y que los animales se comían el resto; que, por lo que se refería a ellos, hacían su pan con las flores más bellas: las

amasaban con el rocío y las cocían al sol. Como yo veía en todas partes tan prodigiosa cantidad de hermosos frutos, tuve la curiosidad de coger algunas peras para probarlas, pero él quería impedírmelo, diciéndome que sólo los animales las comían. Sin embargo, las hallé de un sabor admirable. Me ofreció entonces melocotones, melones e higos; jamás había visto en la Provenza, en toda Italia, o en Grecia, frutos de un gusto tan excelente. Me juró por el Hagacestaur que aquellos frutos crecían por sí mismos, sin que nadie los cultivara, asegurándome que ellos no comían otra cosa que su pan.

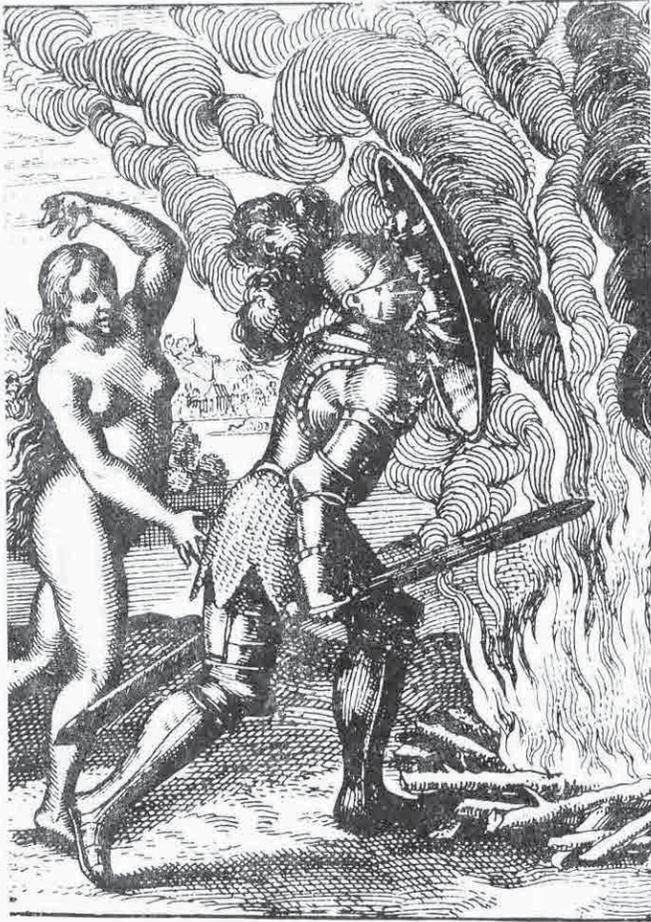
»Le pregunté cómo se podían conservar aquellas flores y frutos durante el invierno. A eso me respondió que ellos no conocían en absoluto el invierno; que sus estaciones eran tres solamente, a saber, la primavera, el verano, y que de esas dos se formaba la tercera, es decir el otoño, que encerraba en el cuerpo de los frutos el espíritu de la primavera y el alma del verano; que era en esa estación cuando se recogían la uva y la granada, las mejores frutas de su país.

»Me pareció muy sorprendido cuando le informé de que nosotros comíamos buey, cordero, aves, pescado y otros animales. Me dijo que debíamos de tener el entendimiento muy espeso, puesto que utilizábamos alimentos tan materiales. No me aburría en absoluto oír cosas tan bellas y curiosas, y lo escuchaba con mucha atención. Pero, habiéndome él indicado que contemplara el aspecto de la ciudad, de la que entonces estábamos alejados sólo unos doscientos pasos, apenas hube levantado los ojos para mirarla, cuando me quedé ciego, sin poder ver nada; lo que provocó la risa en mi conductor, así como en sus compañeros.

»El despecho de ver cómo aquellos caballeros se divertían con mi accidente me causaba más pena que la desgracia misma. Dándose cuenta entonces de que sus maneras no me complacían, aquel que siempre se había encargado de distraerme me consoló diciendo que tuviera un poco de paciencia, que vería con claridad dentro de unos instantes. Luego fue a bus-



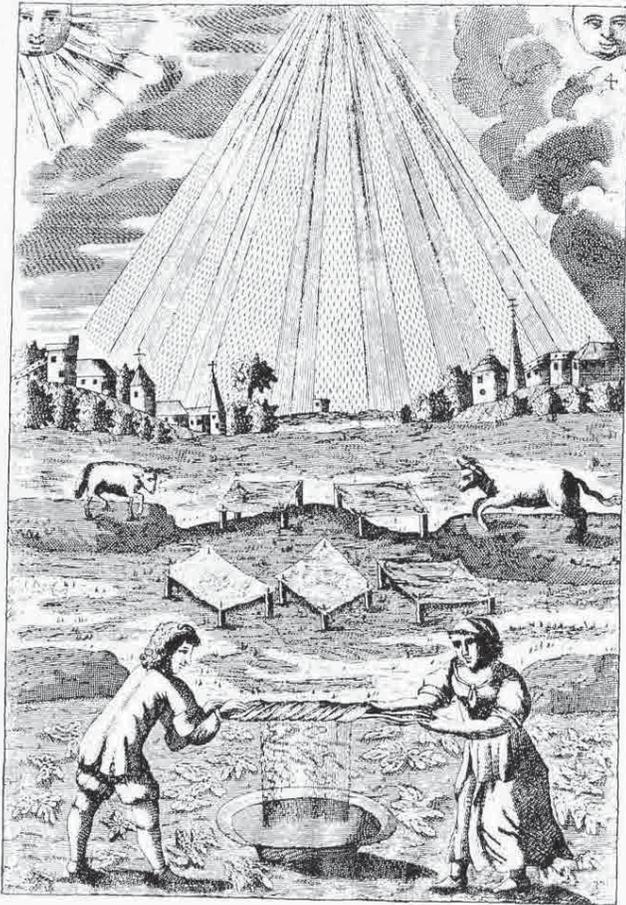
Los dos agentes de la primera obra y su preparación.
(En *Les douze clés de la philosophie*, de Basilio Valentin.)



La naturaleza enseña a la Naturaleza a vencer el Fuego.
(En *Atalante fugitive*, de Michel Maier.)



El mercurio de los filósofos. (En *L'escalier des Sages*,
de B. Coenders van Helpen, 1693.)



El rocío de mayo. (Cuarta lámina del *Mutus Liber*.)

car una hierba con la que me frotó los ojos, y al punto vi la luz y el resplandor de aquella soberbia ciudad, en donde todas las casas estaban construidas de cristal muy puro, que el sol iluminaba constantemente; pues, en aquella isla, nunca se hacía de noche. No me permitieron entrar en ninguna de aquellas residencias, pero sí ver lo que ocurría en su interior, a través de las paredes, que eran transparentes. Examiné la primera casa; todas estaban construidas según un mismo modelo. Noté que la vivienda consistía sólo de una planta, compuesta de tres apartamentos, conteniendo cada uno de éstos varias habitaciones y gabinetes.

»En el primer apartamento se veía una sala, adornada con una tapicería de damasco, recargada toda con galón dorado y en la que se había bordado una cenefa de lo mismo. El color de fondo de aquel tejido cambiaba de rojo a verde, realzado con plata muy fino, y todo el conjunto recamado con una gasa blanca. Aparecían a continuación algunos gabinetes adornados con joyas de colores diferentes; luego se descubría una habitación toda ella decorada con un hermoso terciopelo negro, ribeteado con algunas franjas de satén muy negro y lustroso, realzado el conjunto por un trabajo de azabache, cuya negrura brillaba y resplandecía con intensidad.

»En el segundo apartamento se veía una habitación tapizada de un muaré blanco, ondulado, enriquecido y realzado por un aljófar de perlas orientales, muy finas. Seguían luego varios gabinetes, arreglados con muebles de diversos colores, como de satén azul, damasco violeta, muaré cetrino y tafetán encarnado.

»En el tercer apartamento había una habitación decorada con un tejido muy resplandeciente, de un color púrpura con fondo dorado, más bello y rico, sin comparación, que todos los demás tejidos que acababa de ver.

»Quise averiguar dónde estaban el dueño y la dueña del alojamiento. Me dijeron que estaban ocultos en el fondo de aquella habitación, y que debían pasar a otra más alejada, que

estaba separada de éste sólo por algunos gabinetes de comunicación; que los muebles de estos gabinetes eran todos de colores diferente, unos de paño color isabelinos, otros de muaré cetrino, y otros de un brocado de oro muy puro y muy fino.

»No podía ver el cuarto apartamento, porque debía de estar en voladizo; pero se me dijo que consistía sólo de una habitación, cuyos muebles no eran más que un tejido de rayos de sol purísimos y concentrados en aquel paño de púrpura que acababa de contemplar.

»Después de haber visto todas aquellas curiosidades, me informaron cómo se celebraban los matrimonios entre los habitantes de la isla. Como el Hagacestaur tiene un conocimiento muy perfecto de los hombres y del temperamento de todos sus súbditos, desde el mayor hasta el más pequeño, reúne los parientes más próximos, y dispone que una muchacha pura y limpia se una con un anciano sano y vigoroso; luego purga y purifica a la joven, lava y limpia al anciano, el cual ofrece su mano a la muchacha; ésta toma la mano del viejo; entonces se les conduce a una de aquellas moradas, sellándose la puerta con los mismos materiales de que está construida la casa; es preciso que permanezcan así encerrados juntos durante nueve meses completos, durante cuyo tiempo construyen todos esos muebles que me habían enseñado. Al cabo de ese tiempo, salen unidos los dos en un solo cuerpo; y, no teniendo más que un alma, a partir de ese momento son uno solo, y su poder es muy grande sobre la Tierra. El Hagacestaur se sirve de ellos entonces para convertir a todos los malvados que hay en sus siete reinos.

»Se me había prometido hacerme penetrar en el palacio del Hagacestaur, de darme a conocer sus apartamentos, así como un salón, entre otros, donde hay cuatro estatuas tan antiguas como el mundo, una de las cuales, la que está situada en el centro es el poderoso *Seganisegeda*, que me había transportado a la isla. Las otras tres, que forman un triángulo alrededor de éste, son las de tres mujeres, a saber: *Elugaté*, *Li-*

nemalore y *Tripsarecopsem*. Me habían prometido también hacerme ver el templo donde está la figura de su divinidad, que ellos llaman *Elesel Vasergusina*; pero los gallos se habían puesto a cantar, los pastores conducían sus rebaños a los campos, y los labradores, preparando sus arados, hicieron un ruido tan grande que me despertaron, y mi sueño se dispó enteramente.

»Todo lo que había visto hasta entonces no era nada en comparación con lo que se me había prometido enseñar. No obstante, no tengo dificultad en consolarme, al reflexionar en ese imperio celeste, donde el Todopoderoso aparece sentado en su trono rodeado de gloria, y acompañado de ángeles, arcángeles, querubines, serafines, tronos y dominaciones. Allí es donde veremos lo que el ojo no ha escuchado nunca, puesto que es en dicho lugar donde deberemos gustar una felicidad eterna, que Dios mismo ha prometido a todos aquellos que procuren hacerse dignos de ello, habiendo sido creados todos para participar en esta gloria. Hagamos, pues, todos los esfuerzos posibles para merecerla. ¡Loado sea Dios!»

Para el lector no prevenido, el *Sueño verde* es un relato poético, bastante abstruso, incomprendible en algunas de sus partes, pero, probablemente, sin la menor relación con el arte alquímico. Ahora bien, se trata realmente de una obra alquímica, destinada no a enseñar algunos puntos del magisterio a los ignorantes, sino, más bien, a representar simbólicamente una parte de la obra, la cocción, siendo el texto sólo comprensible para personas iniciadas. No pretendo, ciertamente, comprenderlo yo mismo en su sentido pleno, pero sé a qué estadio de la obra se refiere, y deseo dar aquí algunas indicaciones que permitirán al lector penetrar más en esta alegoría.

El genio de los sabios es otra manera de simbolizar a Hermes, el Hermes iniciador. La llave a que hace referencia al final del primer párrafo es, evidentemente, un símbolo general, pero también una alusión precisa a un punto particular

del magisterio, alusión que debe ser deducida a partir de las palabras «llave hecha de un voluminoso diamante en bruto». Este grueso diamante representa el disolvente alquímico salino en su forma cristalizada que «trabaja» la materia en su vía seca. Seguidamente, el autor del sueño se encuentra en una isla flotante en medio de un mar de sangre. También aquí, se trata de alquimia operativa concreta pues tras la abertura de la materia mediante el disolvente salino, el compuesto restante parece flotar en un líquido rojo, esencialmente compuesto de mercurio filosófico. Se tiene realmente la impresión de una isla flotando en un mar de sangre. Se comprende, en consecuencia, que se viento tan suave que conserva el calor del mercurio es una indicación de la acción de calentamiento.

Más adelante, la referencia a los siete reinos del Hagacetaur alude a la utilización de los siete metales en su forma filosófica. Las flores, que pueden producir sorpresa en este texto se mencionan simplemente para evocar las inflorescencias que aparecen en la superficie del compuesto durante la obra alquímica. ¡Debo confesar a continuación que no comprendo absolutamente nada del párrafo relativo a los frutos y su gusto maravilloso! Las cosas se hacen más claras cuando el autor del sueño ve aparecer repentinamente la ciudad, hasta el punto que queda cegado por ella. Esto simboliza la transformación del compuesto en un estado cristalizado, que aparece súbitamente durante el magisterio, sin que nada permita presagiarlo unos instantes antes. Éste es el motivo por el que se indica que las casas estaban hechas de cristal muy puro. La referencia al sol que ilumina continuamente indica que la obra prosigue sin interrupción, noche y día, realizándose bajo la acción de un Sol central e interno; esto indica también que toda la operación alquímica pone de manifiesto la obra solar en general, como hemos visto en la *Tabla de Esmeralda*. La pérdida de la visión por parte del autor, y las hierbas que, al ser frotadas contra sus ojos, se la restituyen simbolizan evidentemente, un estado de iniciación superior. Vemos a con-

tinuación aparecer unas casas todas ellas compuestas de tres apartamentos, y, anteriormente, el autor había señalado que en aquel país se daban sólo tres estaciones. Se trata aquí de una doble indicación, de naturaleza práctica; en primer lugar, que es preciso utilizar un globo de tres esferas separadas entre sí por un estrangulamiento; y, luego, el autor recuerda la necesaria triplicidad de la cocción.

Viene a continuación la fracción del *Sueño verde* más similar a la *Alegoría de la fuente*. Se trata de la descripción de las distintas decoraciones de los apartamentos. Reconocemos sin dificultad los diversos colores por los que pasa la materia en el transcurso de la cocción. Primeramente, todos los colores; a continuación llegamos a la obra en negro, luego a la obra en blanco, y después, a la obra en rojo que permite adivinar el oro. En cuanto a la última pieza del apartamento, que es invisible, no nos sorprenderemos de encontrar en ella muebles hechos de un tejido de rayos de sol puros y concentrados, pues se trata de la simbolización del propio misterio alquímico, es decir, de la obra solar.

La última parte del *Sueño verde* es más clásica; vemos, en efecto, muy a menudo citada en los tratados la imagen del anciano sano y vigoroso casado con la joven virgen que él debe purificar. La muchacha representa la materia primera, y el viejo simboliza el vitriolo filosófico, el fuego secreto que se le administra para quitarle todas sus impurezas y penetrarla, a fin de formar con ella un solo ser, es decir, crear una naturaleza hermafrodita. Tal como lo dice el texto, entonces «no son más que uno». En cuanto a la referencia sobre la conversión de los malvados, se trata, evidentemente, de la transmutación de los metales viles en metales nobles, el oro y la plata.

En su último párrafo, advertimos los nombres extraños de las estatuas, que son, en realidad, anagramas; por ejemplo, el *Seganisegeda* es, por supuesto, el «genio de los sabios», lo que, por otra parte, está indicado claramente, dado que se con-

creta que este poderoso personaje es el mismo que había transportado al autor a la isla; ahora bien, sabemos que se trata del genio en cuestión. Los otros nombres de las estatuas femeninas son indicaciones operativas: *Elugaté* significa «betún igualado» (1), y aporta, pues, información sobre el cierre del recipiente que conviene emplear. *Linemalore* significa «poso normal»; se refiere al poso de los toneles de donde se saca el tártaro, que es uno de los componentes del fuego sagrado. *Tripsarecopsem* significa «espíritu, alma, cuerpo», y *Elesel Vaserigusina*: ¡«Sangre, sal, vidrio, eleusis!»! En cuanto al último párrafo, está sólo para dejar bien claro que la Obra alquímica se realiza únicamente por Dios y para Dios.

Mi comentario parecerá quizás al lector tan oscuro como el propio *Sueño verde*. En tal caso, le sugiero que vuelva a examinar uno y otro, tras haber leído el capítulo en que indico muy esquemáticamente las operaciones prácticas del magisterio filosófico. Pienso que quedará sorprendido de comprobar en qué medida el relato atribuido al Buen Trevisano se hace sensiblemente más claro.

(1) Se trata de un sello que sirve para enlazar (cerrar herméticamente) la materia.

LA ALQUIMIA DEL SIGLO XVI

El arte hermético se desarrollará a todo lo largo del siglo XVI, hasta llegar a la explosión del siglo XVII, que será verdaderamente el siglo alquímico por excelencia. En la monumental *Historia de la Alquimia* del erudito alemán Schmederer, por desgracia inédita en francés, descubrimos, al menos, cuarenta y tres nombres de alquimistas célebres del siglo XVI. Hay que reconocer, sin embargo, que entre ellos citaba a algunos sopladores, es decir, esos personajes que no buscaban en absoluto la Gran Obra alquímica, sino sólo un medio rápido de fabricar oro, con el fin de enriquecerse. Asimismo, conviene distinguir entre esos sopladores a aquellos que eran pura chusma, como el famoso Edward Kelly (1), de los que eran simplemente diletantes a quienes todas las ciencias tradicionales u ocultas habían tentado, sin que pudieran llegar a dominar ninguna; pienso, en particular, en Enrique Cornelio Agripa de Nettesheim.

A propósito de este último, los adversarios del arte hermético citan a menudo el enfurecimiento de Agripa, en su opúsculo *Declaración sobre la incertidumbre, la vanidad y el abuso de las ciencias*, contra los alquimistas, sus cofrades, y en donde aparecen sólo reflejados el despecho y la amargura del

(1) Véase nota página 68.

hombre que malgastó toda su vida persiguiendo sueños químicos: «Los dañinos carbones, el azufre, el excremento, los venenos y todo trabajo duro os parecen más dulces que la miel, hasta el punto de que consumís toda vuestra herencia y patrimonio y lo reducís a cenizas y humo, con tal que os prometáis con paciencia ver una recompensa a vuestros largos trabajos en esas hermosas creaciones que son el oro, la perpetua salud y el retorno a la juventud. Finalmente, habiendo perdido el tiempo y el dinero que hayáis empleado en ello, os encontraréis viejos, cargados de años, vestidos con andrajos, hambrientos, evocando siempre el olor a azufre, teñidos y manchados de cinc y carbón y, debido al frecuente manejo del azogue, convertidos en paralíticos, y como única reliquia, una nariz que está destilando perpetuamente. Sois tan desgraciados que entregaréis vuestras vidas e incluso vuestras almas. En suma, esos sopladores experimentan en sí mismos la metamorfosis y el cambio que ellos intentan provocar en los metales; pues, de químicos se convierten en cacoquímicos, de médicos en medicantes, de jaboneros en taberneros, en la burla del pueblo, locos manifiestos y el pasatiempo de todos. Y no habiéndose podido contentar a sus años jóvenes con vivir en la mediocridad, habiéndose abandonado a los fraudes y engaños de los alquimistas durante toda su vida, al llegar a viejos, se ven obligado a arrastrarse en la mayor de las pobreza, de suerte que, en lugar de encontrar misericordia en el estado calamitoso y miserable en que se hallan, no son más que la risa y la mofa de todo el mundo.»

En realidad, la descripción de Enrique Cornelio Agripa se aplicaba verdaderamente a un buen número de sopladores y quizás a otros tantos personajes de mente desordenada que se creían designados por Dios para elaborar la Piedra. Muchos de esos alquimistas aficionados tuvieron destinos trágicos, bien porque alguna explosión viniera a poner fin a sus investigaciones y su existencia simultáneamente, o porque, habiendo adquirido alguna reputación, casi siem-

pre por artificios o con engaño, un príncipe ávido se interesaba quizá demasiado por sus trabajos. ¡Muchos sopladores perecieron así bajo la tortura por no haber podido revelar un secreto que ignoraban por completo! El célebre químico alemán Johan Kunckel cuenta en su *Laboratorium chymicum* numerosos casos de este tipo. Él mismo tuvo algunas dificultades con su príncipe, al cual le habría gustado más verle efectuar investigaciones alquímicas que elaborar el fósforo o el amoníaco, descubrimientos que, no obstante, le dieron fama en la ciencia química.

El elector Augusto de Sajonia y su mujer, Ana de Dinamarca, se interesaban desde hacía tiempo por la alquimia. Al principio habían sido víctimas de varios sopladores que intentaban abusar de su confianza en 1561 y 1562. Éste fue, por ejemplo, el caso de un tal Velten Merlitz, quien, sometido a tortura, reconoció haber mezclado plata con el mercurio que pretendía transmutar, para hacer creer que poseía la Piedra. Sin embargo, esta confesión tardía no lo salvó, pues el elector se negó a creer la superchería, y ordenó que se continuara torturando al pobre diablo. Un poco más tarde, otro falso alquimista, Daniel Bachman, acudió a ofrecer sus servicios. ¡Pero Augusto de Sajonia, que se había vuelto desconfiado, lo hizo encadenar a la muralla con un juego de cadenas lo suficientemente largo como para permitirle alcanzar sus instrumentos, así como recargar de carbón su horno! Bachman se volvió loco, y fue expulsado, con su mujer y sus hijos, del electorado de Sajonia, tras haber recibido la orden de abandonarlo al instante, ¡si no quería ser lanzado al agua dentro de un saco y atado!

En esta atmósfera, pues, es donde David Beuther, a partir de 1575, se convirtió en ayudante del elector en su laboratorio privado. Según Kunckel, cierto día Beuther descubrió un manuscrito alquímico que aportaba algunas recetas prácticas para fabricar oro. Se trataba, sin duda, de esos procedimientos particulares de que hemos tenido ya ocasión de hablar; halló esos papeles ocultos en un escondrijo construido en un muro

del laboratorio de pruebas de la Moneda del Estado, instalado en un monasterio. Lo que es cierto es que, a partir de ese día, Beuther empezó a «nadar en oro» y a darse la gran vida, en compañía de sus dos ayudantes, Vertel y Heidler. Desgraciadamente éstos quisieron volar con sus propias alas, y no tardaron en verse llenos de deudas y acorralados. Acudieron inmediatamente a Beuther, pero este último se negó a ayudarlos, bien porque estuviera harto de mantenerlos, o porque sus operaciones de transmutación no dieran ya resultado satisfactorios. Vertel y Heidler, furiosos y considerándose traicionados, lo denunciaron al punto a Augusto de Sajonia. Este no quiso creer en las confesiones completas que le hizo Beuther, y quedó convencido de que su asistente había descubierto la Piedra filosofal. Por tanto, exigió de él que continuara fabricando oro y plata, contentándose, según concretó, con tomar solamente la décima parte de las cantidades producidas por Beuther. Como este último se declaró incapaz de ello, fue encarcelado. Sin embargo, el elector le hizo liberar al cabo de un cierto tiempo, con la esperanza de que, finalmente, consentiría en revelar su secreto y efectuar algunas transmutaciones.

David Beuther planeaba con escapar a Inglaterra, cuando fue nuevamente arrestado y citado ante el Tribunal de Leipzig, ¡bajo la acusación de haber cumplido mal sus funciones de alquimista oficial cerca del elector! En sus considerandos, la sentencia indicó que David Beuther era considerado como en posesión del secreto de la Piedra filosofal, y que convenía hacerle confesar tal secreto mediante la tortura; por otra parte, la sentencia precisaba que, por haber sido infiel a su príncipe, sería azotado, se le amputarían dos dedos y se le encarcelaría para el resto de su vida. Augusto de Sajonia, que no era un hombre malvado, no quiso hacer aplicar inmediatamente la sentencia, y ofreció una última posibilidad a su antiguo asistente. Le envió esta nota, cuya copia ha podido ser conservada: «Beuther, devuélveme inmediatamente lo que me has robado, lo que Dios y la justicia divina me habían conce-

dido. Si no, la sentencia que sellará tu suerte será promulgada el próximo lunes, aunque tenga que arrepentirme de ello más tarde. Te conjuro para que no me obligues a llegar a ese extremo.»

Viéndose perdido, Beuther respondió por escrito al príncipe que consentiría en revelar su secreto, a cambio de la libertad. Se cuenta que escribió en los muros de su celda, en grandes caracteres; «Un gato encerrado no puede atrapar ratones.» El elector de Sajonia consintió en ello, y Beuther fue, en lo sucesivo, prisionero en el laboratorio alquímico de Dresde, donde lo vigilaban noche y día, restituyéndole, sin embargo, todos los honores y privilegios que fueron suyos anteriormente. Nadie ha buscado la Piedra filosofal con mayor sinceridad y obstinación. Pero Beuther, que no había avanzado mucho en sus investigaciones en el arte alquímico, fracasó en todas sus tentativas. Probó de sobornar a sus guardianes para escapar, pero en vano. Finalmente, tras una última tentativa para fabricar la Piedra, prefirió suicidarse. Una mañana, sus guardianes lo encontraron muerto, estirado en el suelo del laboratorio.

Este género de aventuras ha ocurrido en todos los países. En 1567, el rey Carlos IX y su hermano, el duque de Anjou, firmaron un contrato en buena y debida forma, con un tal Jean de Gallans, señor de Pezerolles, y le entregaron ciento veinte mil libras, a cambio de transmutaciones que debería efectuar en el plazo de seis meses. De hecho, la primera semana, el estafador se escapó del laboratorio que se le había confiado, pero fue atrapado y ahorcado. En la colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, hallamos aún el texto que demuestra la credulidad del rey y de su hermano, ciertamente muy jóvenes entonces:

«Contrato firmado por el rey Carlos IX con Jean de Gallans, señor de Pezerolles, quien prometió al susodicho señor rey transmutar todos los materiales imperfectos en fino oro y plata, el año 1567, a cinco de noviembre.

«Carlos, por la gracia de Dios Rey de Francia, habiendo sido informado por Jean de Gallans, señor de Pezerolles, de que poseía un secreto para transmutar todos los metales imperfectos en fino oro y plata, secreto que habría declarado actualmente a Su Majestad y al Señor Duque de Anjou, prometiendo el susodicho de Pezerolles que, dentro de los seis meses a partir de la fecha de los presentes, la materia por él a nosotros declarada había sido puesta en la decocción y, según la costumbre requerida para ello, y en tal número que complacerá a Su Majestad, que mostrará la primera prueba de la susodicha materia en mercurio ablandado o vivificado, y dentro de los cuatro meses siguientes mostrará asimismo una segunda prueba de la susodicha materia, que será una transmutación de metal imperfecto en oro y plata, y que, continuando la materia su decocción, de ello se seguirá la perfección de aquélla para hacer proyección de ella sobre todos los metales imperfectos para reducirlos a fino oro y plata según el grado de su decocción al blanco y al rojo, en el término de dos años aproximadamente después de la fecha de los presentes. Y nosotros, en consideración de su buena voluntad y grande servicio que nos ha hecho, queriendo recompensarlo en la medida de nuestro poder, por la presente le hemos prometido y prometemos según fe y palabra de Rey, dar, ceder y transferirle a él, a sus herederos y causahabientes, como herencia y a perpetuidad, la suma de 100.000 libras tornesas anualmente en nuestro Reino. Además, una o varias tierras, a título de marquesado, condado, baronía u otro señorío, así como la suma de 100.000 escudos de oro sol, en dineros puros y claros, a saber, 50.000 libras tornesas de renta y 50.000 escudos de oro sol dentro del término de los próximos seis meses, cuando se haga la primera prueba de la susodicha materia en mercurio. Y cuatro meses después de que se haga la segunda prueba del metal imperfecto en oro y plata, le donaremos la citada suma de 100.000 libras tornesas de renta y 100.000 escudos sol, según nuestra promesa. No obstante, durante el citado tiempo

de seis meses, le hemos prometido hacer entrega cada mes de la suma de 1.200 escudos sol, para su mantenimiento. Y, en este momento, le entregaremos la suma de 6.000 escudos sol, deducible de la citada suma de 100.000 escudos sol. Prometiendo al susodicho señor de Pezerolles pasarle en el primero y segundo plazo de las pruebas mencionadas, contrato y letras buenas y válidas de lo que antecede en forma auténtica, y hacerlas homologar y verificar, tanto en nuestro consejo del Parlamento, como, por lo demás, donde sea preciso. Y para verificación y garantía de las susodichas pruebas de la materia a nosotros enseñada, el citado señor de Pezerolles se remite y acata lo que nosotros atestiguamos según nuestra fe y conciencia. En confirmación de lo que antecede, hemos firmado la presente y hecho firmar a nuestro hermano el duque de Anjou, al 5 de noviembre de 1567.

«Así firmado, Carlos y Enrique.»

Pero dejemos a los sopladores y charlatanes, que deshonran el verdadero espíritu hermético en ese siglo XVI, para llegar al más célebre médico alquimista que esta ciencia ha dado: Paracelso. Raras veces personalidad alguna fue tan discutida y controvertida en su propia época. Erasto lo llamaba «monstruo vomitado por el infierno» y «vagabundo despreciable»; otro médico, Desenio, se refirió a él empleando estos términos: «Mago monstruoso, supersticioso, impío, blasfemo de Dios, pordiosero, impostor, borracho, monstruo abominable.» ¿Quién era, pues, este singular personaje que suscitaba la veneración de unos y el odio de los otros?

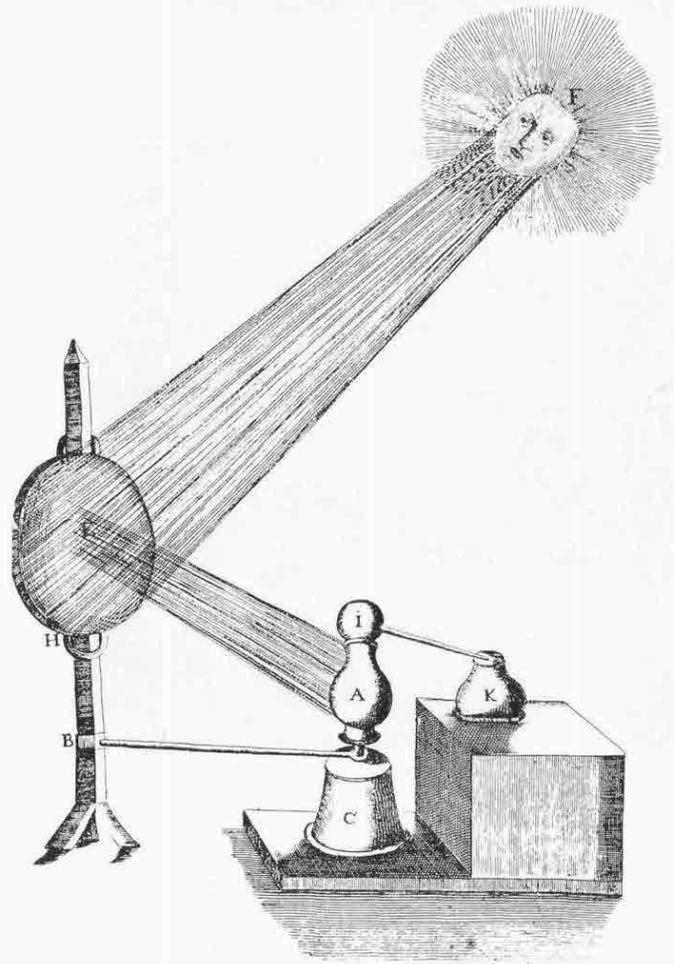
Paracelso es un apodo cuyo sentido exacto se ignora (1); el

(1) La hipótesis más probable es que «para Celso» significaba el «super Celso», que fue un médico célebre en la Antigüedad.

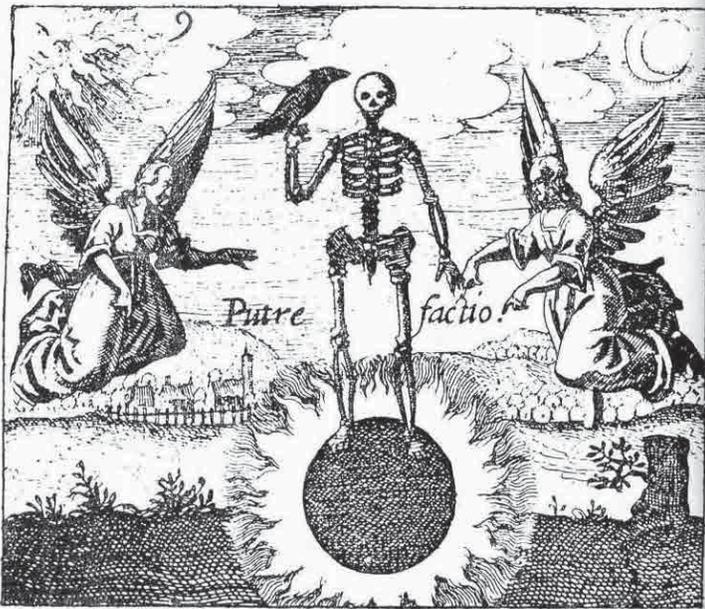
nombre completo de quien lo llevaba parece ser Aureolus Philippus Theophrastus Bombast von Hohenheim. ¡Incluso, de todos estos nombres, sólo Teofrasto (Theophrastus) parece ser realmente seguro! Su fecha de nacimiento no es mucho mejor conocida, y varía entre el 10 de noviembre de 1493 y el 1 de mayo de 1494. Esto no impidió que el famoso psicoanalista C. G. Jung hiciera el horóscopo del médico del Renacimiento: «El Sol se encontraba entonces en el signo del Escorpión, signo fatídico de los médicos curanderos y expertos en venenos. El regente de Escorpión es el dios Marte, que confiere a los fuertes el espíritu guerrero y a los débiles el temperamento excesivo y bilioso. El destino de Paracelso debía confirmar dicho horóscopo a maravilla.» ¡Observo aquí, sobre todo, el poco crédito que se puede prestar a los psicoanalistas!

Veamos, sin embargo, lo que se puede decir con certeza sobre la vida de Paracelso. Nació en Suiza, cerca de Zurich, en la familia de un médico dedicado al ocultismo. De joven tuvo ocasión de seguir los cursos del famoso abad Tritemio, cabalista muy conocido y autor de una obra en ocho volúmenes, *La Esteganografía*, que contenía, afirma él, los secretos de un extraordinario poder. El manuscrito de dicha obra, así como las diversas copias existentes fueron quemadas y, actualmente, no queda ningún ejemplar de él. (Véase al respecto el capítulo titulado «El secreto del abad Tritemio», en la obra de Jacques Bergier, *Los libros condenados* (1).) Se comprende que, con semejante maestro, el joven Teofrasto se interesara por otras ciencias aparte de la enseñanza escolástica que se impartía entonces en la Universidad de Basilea. Paracelso partió, pues, y recorrió las grandes Universidades: Montpellier, Padua, Bolonia, Londres, pero sin obtener diploma oficial. Sólo en el Ejército llegó a ser médico militar. Se estableció seguidamente en Zurich, y en seguida despertó la atención de sus colegas por las críticas violentas que les dirigió. Así, en 1527, escri-

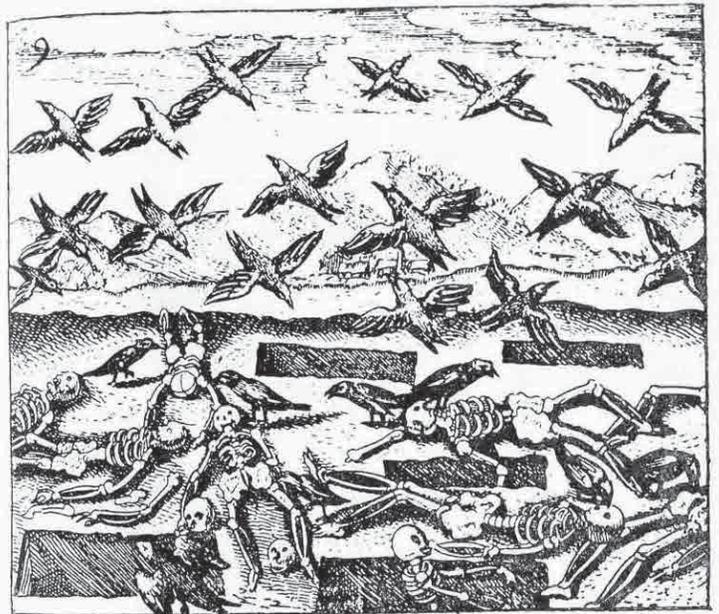
(1) *Los libros condenados*, publicado por «Plaza & Janés» en su colección «Rotativas».



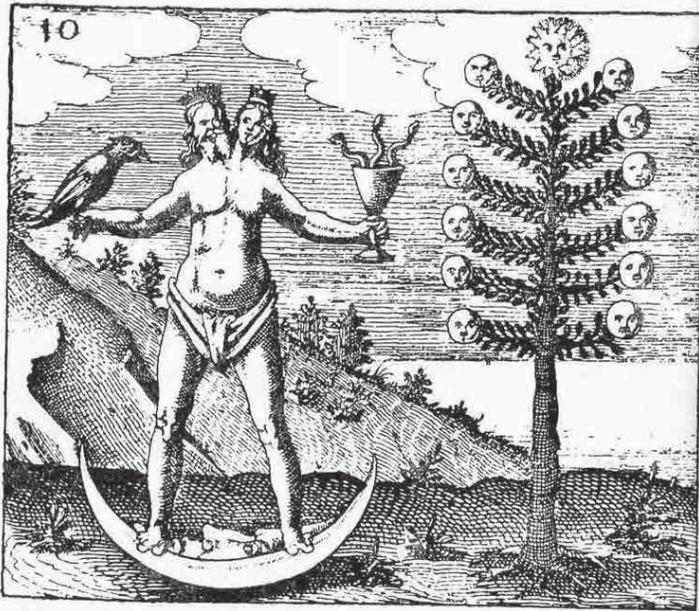
Empleo de la luz polarizada. (Grabado de Athanase Kircher.)



La putrefacción, simbolizada por el esqueleto, la esfera negra y el cuervo. (En *Viatorium spagyricum*, de Jamsthaler.)



Fin de la putrefacción, simbolizada por los esqueletos y los cuervos. (En *Viatorium spagyricum*, de Jamsthaler.)



Matrimonio filosófico, unión del azufre y del mercurio, del macho y de la hembra, durante el color negro. (En *Vitorium spagyricum*, de Jamsthaler.)

bía: «¿Quién ignora que la mayoría de los médicos de hoy cometen terribles errores para gran perjuicio de sus enfermos? ¿Quién no sabe que ello ocurre porque se aferran a las enseñanzas de Hipócrates, de Galeno, de Avicena y otros? Mis escritos no son, como aquellos de otros médicos, compilaciones de Hipócrates o de Galeno, sino que, en una labor incesante, los he creado enteramente sobre la base de la experiencia, maestra suprema de todas las cosas. Cuando quiero demostrar algo, no trato de hacerlo citando autoridades, sino acudiendo a la experiencia y a la razón... No tengo la menor fe en las antiguas doctrinas de los temperamentos y de los humores, que se supone, equivocadamente, son capaces de explicar todas las enfermedades. A causa de que tales doctrinas prevalecen, muy pocos médicos tienen un conocimiento preciso de las enfermedades, de su causa y de su día crítico.» (Citado por J. Weber-Marshall en su «Introducción» a la reedición del *Pronóstico* de Paracelso.)

Paracelso se había convertido entonces en profesor de la Universidad de Basilea, gracias al apoyo del famoso humanista Erasmo. Cabe preguntarse cómo logró Paracelso ser admitido en las más grandes Universidades europeas, así como codearse con tantos personajes importantes, dado que, al principio, carecía de fortuna y relaciones. Debe suponerse que el hecho de haber sido durante tres años el alumno favorito del abad Tritemio constituía una garantía suficiente para muchos doctos de la época, o bien admitir, como lo hizo el doctor Allendy en su obra clásica *Paracelso, el médico maldito* (1), que Tritemio era uno de los principales dirigentes de una sociedad secreta de hermetistas e introdujo a Paracelso en el círculo de sus miembros más importantes. Pero nuestro médico era, hablando claramente, un «bocazas», y no tardó en provocar un escándalo en la muy severa Universidad de Basilea, donde exclamó: «Las hebillas de mis zapatos encierran

(1) «Gallimard», 1937.

más sabiduría que Galeno o Avicena, y mi barba tiene más experiencia que toda su academia.» Menos de un año después de su acceso a la cátedra de profesor, tuvo que abandonar la ciudad. El odio de sus enemigos no cesaría de perseguirlo, y, algunos años después del incidente de Basilea, la Universidad de Leipzig prohibió a los impresores que publicaran los manuscritos de Paracelso. Se trataba en este caso de una medida ilegal, puesto que las imprentas eran, en principio, comercios independientes, pero lo cierto es que vivían principalmente de los textos que la Universidad les daba a imprimir. No cabía imaginar un medio de presión mejor.

Entonces fue emprendida sistemáticamente contra el médico una campaña de insinuaciones y de calumnias: iba dirigida más particularmente contra sus supuestas prácticas satánicas, su embriaguez y sus costumbres. Paracelso, que no había conocido a su madre, vivió siempre apartado de las mujeres, ¡lo que permitió a sus adversarios propalar la especie de que era, al mismo tiempo, homosexual e impotente! (1). Finalmente, Paracelso hubo de retirarse a Estrasburgo, y luego a Salzburgo, donde murió en circunstancias extrañas el 24 de setiembre de 1541. Dicha muerte ocurrió, no en su domicilio, sino en un pequeño albergue llamado *Caballo Blanco*. Sus enemigos hicieron correr el rumor de que había muerto después de una noche de orgía, habiendo sido finalmente la bebida la que dio cuenta de él. Existe hoy un cierto número de razones para suponer que la muerte de Paracelso no fue quizá tan natural como se suponía. La exhumación de su cuerpo, efectuada a principios del siglo XIX, mostró una fisura anormal en su cráneo. Evidentemente, el médico habría podido herirse a sí mismo al desplomarse durante un ataque de apoplejía, por ejemplo, pero la forma del corte permite suponer que recibió un golpe mortal en la cabeza dado con un instrumento contundente.

(1) Una hipótesis más seria afirma que fue mutilado por un cerdo a la edad de tres años.

Desde el punto de vista alquímico, Paracelso fue, sobre todo, un espagirista —este término fue creado por él—, es decir, una persona que efectúa preparaciones médicas o químicas a partir de técnicas alquímicas. Antes de extendernos sobre la espagírica paracélsica, tratemos, en primer lugar, de responder a una pregunta tradicionalmente planteada: ¿Elaboró Paracelso la Piedra filosofal? ¿Trató siquiera de fabricarla? La verdad es que no se sabe nada al respecto. En el *Tesoro de los alquimistas*, yo escribía: «Desde el punto de vista alquímico, si bien es evidente que Paracelso no fue un soplador, es también verosímil que jamás fuera un adepto.» Sin embargo, posteriormente, mi opinión ha variado un poco; en efecto, he tenido ocasión de leer un extracto de una carta de Michel Neander, antiguo criado de Paracelso, que declaraba haber asistido a un experimento de transmutación efectuado por su amo: éste, presionado por sus acreedores, habría transmutado mercurio en oro, a fin de liberarse de sus deudas. Conviene señalar, no obstante, que esta carta data del 9 de agosto de 1575, por tanto, mucho tiempo después de la muerte del ilustre médico. El testimonio de Michel debe, en consecuencia, ponerse en tela de juicio, bien porque él hubiera querido hermoear el recuerdo de su dueño, o porque la edad hubiera debilitado sus facultades. Pero he sabido también que numerosas familias, con las que Paracelso estuvo en relación, guardaron largo tiempo pequeños fragmentos de oro procedentes de transmutaciones que él había efectuado para satisfacción suya. Varias crónicas, memorias o documentos familiares hacen mención de ello. Es, por tanto, posible que las técnicas espagíricas de Paracelso le hubieran permitido, si no elaborar la Obra filosofal, cuando menos encontrar algunos «particulares» (1) que permitan transmutaciones metálicas.

Desde el punto de vista de la alquimia teórica, Paracelso fue el fogoso defensor de la teoría mercurio, azufre, sal, es

(1) Procedimiento particular que permite transmutar directamente los metales en oro sin recurrir al polvo de proyección.

decir, de la triplicidad contenida en la materia. Sin embargo, la paternidad de dicha teoría le fue negada, en vida, por numerosos cofrades en el arte hermético, a los que se sumaron todos sus enemigos. Paracelso no había hecho más que repetir la teoría elaborada en el siglo anterior por el monje Basilio Valentín. He aquí en dos palabras, los hechos. Basilio Valentín parece que vivió en la abadía benedictina de Erfurt, en el siglo xv. Sus manuscritos datarían, aproximadamente, de 1480, pero no fueron publicados hasta un siglo más tarde, en 1599. Los partidarios de Paracelso sacaron de ello la conclusión de que este último había sido realmente el autor de la famosa teoría, mientras que los escritos del pretendido Basilio Valentín no eran más que una burda falsificación fabricada para desacreditar al médico espagirista. Sus adversarios, por el contrario afirmaron que Paracelso, habiendo tenido en sus manos unos manuscritos de Basilio Valentín, se había pura y simplemente apoderado de su doctrina, sin añadir nada al original. ¿Puede resolverse la cuestión hoy? En este caso, respondería afirmativamente: en la actualidad, no ofrece la menor duda el hecho que los escritos de Basilio Valentín circulaban en forma manuscrita desde comienzos del siglo xvi, por lo que, en consecuencia, quienquiera que hubiera sido el autor oculto detrás de este seudónimo filosófico, su teoría era muy anterior a la de Paracelso. Dicho esto, nada prueba que el médico zuriqués hubiera tenido conocimiento de ella; muy bien pudo ocurrir que hubiese descubierto a su vez las ideas del monje de Erfurt siguiendo otra vía.

Pero fue con la espagírica con la que Paracelso demostró su originalidad profunda, con la creación de toda una nueva farmacopea, generalmente a base de productos químicos. Asimismo, fue él quien tuvo por primera vez la idea de utilizar ciertas drogas de forma homeopática y también presintió la utilidad de las curas termales (1). Su gran sueño fue crear esa

(1) Conocidas en la antigua Roma y, luego, olvidadas.

medicina universal, ese oro potable salido directamente del pensamiento alquímico, pero que, en la mente del filósofo hermético, no era más que una disolución de la Piedra filosofal; a través de técnicas espagíricas, forzosamente empíricas, Paracelso no podía elaborar dicha panacea.

Hoy en día, Paracelso cuenta con muchos más lectores que en vida. ¡Qué extrañas vueltas da el mundo! En cualquier caso, fue, junto con Raimundo Lulio, uno de los más extraordinarios personajes que han practicado la filosofía hermética. Conmovió a Europa entera, como sólo podría hacerlo posteriormente un charlatán que pretendía ser alquimista: Cagliostro. Verdad es que Paracelso fue hablador presuntuoso, gritón y borracho, pero no por ello dejó de ser uno de los hombres más grandes de su tiempo.

VAN HELMONT Y LA ALQUIMIA DEL SIGLO XVII

Existen dos casos de transmutaciones realizadas por científicos de primer orden sin la presencia de alquimista alguno: se trata de las de Van Helmont, que se produjo entre 1614 y 1616, y la de Helvecio, que ocurrió en enero de 1667. Los críticos racionalistas del arte hermético han encontrado siempre sumamente dificultoso explicar estos dos casos, hasta el extremo que aparentan ahora considerarlos como despreciables ante la imposibilidad de proceder a la verificación de los hechos. Ahora bien, como vamos a ver, los hechos habían sido debidamente verificados en su época por personalidades científicas de primer orden. Uno de los más entregados a la demolición de las pruebas presentadas por los alquimistas en favor de la realidad de su arte, Louis Figuier, en su estudio poco realista *La alquimia y los alquimistas*, París, 1860, que abunda en inexactitudes, mentiras, falsificaciones y explicaciones aberrantes de las que volveremos a hablar, se vio obligado a escribir: «Los filósofos herméticos siempre han citado con gran confianza, en apoyo de la verdad del hecho general de las transmutaciones, el testimonio de Van Helmont. En efecto, era difícil encontrar una autoridad más imponente y digna que la del ilustre médico químico, cuya justa fama como sabio era comparable sólo a su reputación de hombre honesto. Las circunstancias mismas en que fue operada la transmutación eran

como para asombrar a las mentes, y se comprende que el propio Van Helmont se sintiera inducido a proclamar la verdad de los principios de la alquimia, después de la operación singular que le fue dado realizar.»

Juan Bautista van Helmont nació en Bruselas, en 1577. Realizó estudios de Medicina y de Química, confirmándose claramente como un discípulo de Paracelso. La Ciencia le debe uno de sus descubrimientos más importantes, el de la existencia de los gases. Efectivamente, en su época, el único gas conocido era el aire, y Van Helmont consiguió probar, a través de la experiencia, que existían otros, en primer lugar, el ácido carbónico. Él lo definió como un cuerpo químico nuevo, y escribió: «Este espíritu que no puede ser contenido en vasos ni ser reducido a un cuerpo visible, lo llamo con un nombre nuevo: gas.» Descubrió a continuación la existencia del ácido sulfhídrico producido por las fermentaciones del intestino grueso del hombre; con ello se convirtió en uno de los pioneros de la ciencia experimental, cosa muy rara en aquella época, aún totalmente impregnada de escolástica. En la Edad Media, los alquimistas fueron los únicos en practicar dicha ciencia experimental. Louis Figuier escribe al respecto: «Este hecho, es decir, que los alquimistas fueron los primeros en usar el método experimental, o sea, el arte de observar y de inducir con el fin de llegar a la solución de un problema científico, está más allá de toda duda.» (Capítulo 5, pág. 93). Lo que no impidió a Figuier, con la mala fe habitual de los racionalistas del siglo XIX, escribir en la página siguiente: «Si bien los títulos referentes a la creación del método experimental no pueden ser seriamente defendidos, muy distinto es cuando consideramos los servicios que nos rindieron al preparar los elementos necesarios para la creación de la Química.» En su reedición de la obra de Figuier, René Alleau comenta: «Una de las ventajas del racionalismo sigue siendo la de ser racionalmente delirante. Louis Figuier niega totalmente aquí lo que acaba de afirmar con anterioridad.»

En cuanto a Van Helmont, demostró de forma experimental que en el crecimiento de las plantas, la tierra proporcionaba sólo una aportación de sustancias muy escasa. Plantó un brote tierno de sauce llorón en una tierra que previamente había pesado; luego demostró que la relación entre el peso de la tierra utilizada después del crecimiento de la planta con el de la propia planta probaba que poca tierra había desaparecido en el experimento. En el terreno de la química, elaboró el ácido clorhídrico, el aceite de azufre, el acetato de amoníaco, etc.

Van Helmont poseía, pues, una de las mejores mentes científicas de su tiempo. Trabajaba habitualmente en su laboratorio de Vilvorde, cerca de Bruselas. Allí fue donde recibió, cierto día, la visita de un adepto desconocido, quien le regaló un poco de Piedra filosofal. Figuier sitúa el hecho en 1618, lo que es absurdo, puesto que Van Helmont había abandonado dos años antes ese laboratorio. Probablemente acaeció entre 1614 y 1616 (1), sin que hoy sea posible precisarlo con exactitud. El desconocido, según las propias declaraciones de Van Helmont, se convirtió en su amigo en el espacio de una noche y le mostró su provisión de polvo de proyección. Afirmó poseer suficiente cantidad de él como para transmutar doscientas mil libras de oro. Van Helmont, que sentía muy poco interés por la alquimia, manifestó cierto escepticismo, y su compañero aceptó entregarle medio gramo (27 mg) de su polvo, explicándole los requisitos que había de respetar para efectuar una transmutación. Después de eso, se retiró, y el médico belga no volvió a verlo jamás. Se han enunciado varias hipótesis sobre la identidad de ese misterioso personaje. Para algunos, se trataría de otro médico llamado Butler, el cual estuvo trabajando un corto tiempo con Van Helmont, y éste lo cita en su *Ortus medicinae*; para otros, podría tratarse del fa-

(1) «Tandem anno 1609 (...) cum qua Vilvordiam me subduxi, per septennium Pyrotechniae me immolavi...» O sea, que Van Helmont se dedicó durante 7 años, a partir de 1609, en Vilvorde, al arte de la pirotecnia.

moso artista Ireneo Filaleteo, quien parece haber poseído el más extraordinario polvo de proyección de toda la historia de la alquimia. Hay quienes objetan que dicha hipótesis es incompatible con la edad que se atribuye a Filaleteo en el momento de la publicación de su tratado *La entrada abierta al palacio cerrado del rey*, es decir, treinta y tres años (1). Pero esta edad puede muy bien ser entendida en un sentido místico: treinta y tres años es la edad de Cristo en el instante de su suplicio; o, en un sentido alegórico: el alquimista necesitaría treinta y tres años para elaborar la Piedra.

He aquí cómo Van Helmont describió el experimento que él llevó a cabo con aquel cuarto de grano de Piedra, una vez regresado a su laboratorio. Recordemos también que el alquimista no participó en el experimento, que tuvo lugar en presencia únicamente de los ayudantes habituales del químico: «Vi, efectivamente, la Piedra filosofal en diferentes ocasiones, y la manéjé con mis manos. Aparecía en forma de un polvo, amarillento, pesado y brillante como cristal pulverizado. Me regalaron cierta vez la cantidad de un cuarto de grano: yo llamo grano a la seiscentésima parte de una onza. Así, pues, ese cuarto de grano, envuelto en un papel, lo proyecté sobre ocho onzas de mercurio, y lo calenté en un crisol. Al punto, todo el mercurio se coaguló haciendo algo de ruido, y, una vez coagulado, se contrajo adoptando el aspecto de una bolita amarilla. Tras haberlo hecho fundir nuevamente activando el fuego con fuelles, encontré en el crisol ocho onzas menos once gramos de un oro muy puro. En consecuencia, un solo grano de dicho polvo transmutó en oro excelente 19 x 186 veces su peso de mercurio. Por tanto, creo que, entre los cuerpos terrestres, figura el polvo citado, u otro absolutamente similar, que transmuta casi al infinito el metal impuro en oro excelente. Uniéndose a él, lo protege de la herrumbre, de la corrupción y de la muerte, haciéndolo como inmortal

(1) O veintitrés años, según los manuscritos, lo cual no cambia nada.

con respecto a la tortura del fuego y del arte, confiriéndole la pureza virginal del oro. Para ello, el único requisito es el ardor del fuego. Diré, por comparación, que el alma y el cuerpo son regenerados de este modo por el bautismo y la comunión en el seno de Nuestro Señor, en la medida en que una adecuada devoción fervorosa de los fieles acompañe su participación. Que la teología me perdone si, en esta digresión he hablado de la vida eterna más allá de mi competencia. Reconozco gustosamente que no es función mía regenerar mi cuerpo; no trato más que de prolongar la vida en este mundo, confiriéndole la pureza virginal del oro. Para ello sólo se necesita el calor moderado de un fuego de carbón.»

No nos asombremos al ver esa referencia a la religión, en un científico, teniendo en cuenta la época, por un lado, como también, por otro, las convicciones personales de Van Helmont, que eran muy sinceras. En una tesis publicada sobre su obra, *Van Helmont, filósofo por el fuego*, de Nève de Mervignies (Lieja, 1936), podemos leer: «En un pasaje de *Promissa authoris*, Van Helmont nos cuenta que, cansado de los libros en los que las escuelas de Medicina, que hacían alarde de una falsa ciencia, multiplicaban vanas promesas, decidió abandonarlos todos, estando, por lo demás, íntimamente convencido de que la verdadera medicina es un don que, como todos los dones bienhechores, sólo puede venir del cielo. A partir de entonces, se juró dedicarse a Dios, y no a los hombres, a Dios que es el "padre de las luces" y, más especialmente aún, el de la "medicina adepta" (1). Se dedicó a recorrer diversos países extranjeros, comprobando que en todas partes reinaba la misma ignorancia y el mismo desconocimiento del carácter sagrado que posee el arte de curar. Terminó por considerar la Medicina, tal como la practicaban sus contemporáneos, como una verdadera impostura, introducida por los griegos y explotada después por charlatanes que abusaban de la credulidad

(1) El autor traduce por «adepito» la palabra latina *philosophus*, utilizada por Van Helmont, lo cual es muy discutible.

del público.»

Reconocemos aquí las opiniones de Paracelso; y eso fue lo que decidió a Van Helmont a retirarse durante siete años a su laboratorio de Vilvorde, a partir de 1609, para estudiar, lejos de la gente y de los honores. Durante ese período tuvo ocasión de conocer a William Butler, un médico de origen irlandés, que efectuaba curaciones milagrosas. Parece que poseyó una «piedra de Butler», sin que sea hoy posible averiguar si dicha piedra tenía alguna relación con la materia filosofal. Lo cierto es que Butler, en situación delicada con los ediles de Vilvorde, se encontró internado en la prisión de su castillo. Las autoridades se dirigieron a Van Helmont para tratar de saber si el tal Butler era un charlatán, o, por el contrario, si las curas maravillosas que se le atribuían tenían algo de reales. En su tesis, Nève de Mervignies escribe: «Es probable que Van Helmont, al dirigirse a ver a Butler, alimentara la esperanza de ser iniciado en el secreto de la terapéutica que despertaba tanta admiración entre sus antiguos conciudadanos. ¿Cómo explicar, de otra manera que los dos adeptos se hubieran hecho amigos al instante? La verdad es que Butler, en prenda de esa amistad, consintió en comunicar a su cofrade brabantón la receta de su Piedra filosofal. Dicho cofrade, por otra parte, supo recompensar adecuadamente ese gesto, haciendo lo necesario para conseguir la liberación del adepto irlandés, el cual supo, a su vez, recompensar a su nuevo amigo con la revelación del secreto de un remedio contra la peste, lo que, ¡ay!, no le evitó una condena que lo desterraba de nuestras provincias. Pero Van Helmont, afortunadamente, podía prescindir de la ayuda del desterrado, y se dedicó a hacer, con ayuda de la Piedra que aquél le había dado, curas cuyo relato constituye la trama del tratado que él le dedicó, curas que no anda muy lejos de presentar como milagrosas y cuyos beneficios recibió de manera muy especial su propia esposa.»

He visto el texto latino del tratado titulado *Butler*, y en él

no se hace la menor mención de Piedra filosofal; de hecho, Butler entregó a su colega el secreto de una sustancia, denominada por el pueblo «piedra de Butler», que Van Helmont llama «drif», pero que es muy probable que se tratara únicamente de un medicamento. El único punto que permitiría atribuirle un origen hermético es una reflexión de Van Helmont en la que éste precisa que sólo indicará la composición de esa sustancia en la medida en que le sea permitido hacerlo sin llegar hasta «echar rosas a los puercos» (*Itaque... dicam requisita Drif, ac dein compositionis modum, quantum Philosopho permissum est, declarabo, ne rosas ante porcos prostravero*).

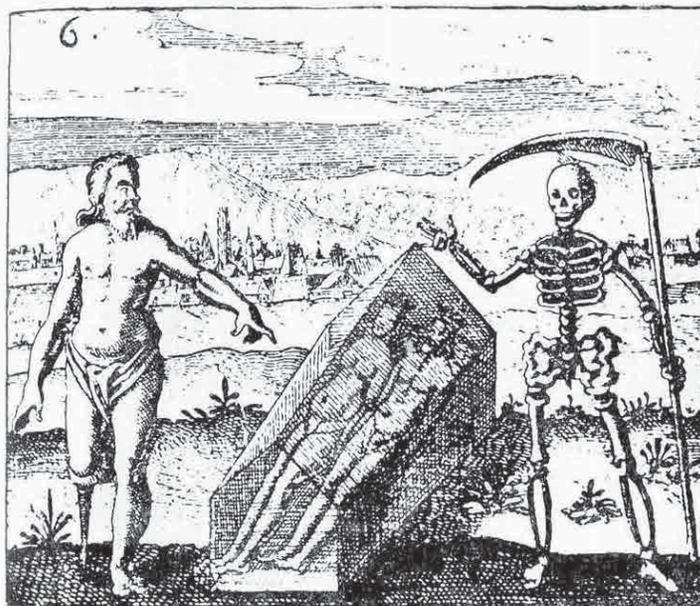
Conviene señalar que esa famosa transmutación efectuada por Van Helmont debió de marcarlo profundamente, pues hace alusión a ella en otros fragmentos de sus obras. En uno de sus tratados de las enfermedades, *Demonstratur thesis* (página 134), insiste sobre este tema en el transcurso de su quincuagésima octava «proposición demostrada»: «Considero que la regeneración de aquellos que deben ser salvados, y su participación en la vida dentro de la comunión eucarística, se efectúa y puede observarse en lo que, en el plano terrestre, ofrece cierta similitud, a un nivel distinto por supuesto: quiero decir que es muy parecida y análoga a la proyección de la piedra aurífera. Ocurre que yo he manejado ésta con mis propias manos en varias ocasiones, y que he visto con mis propios ojos la transmutación de mercurio corriente, del comercio, en una proporción que supera millares de veces la del peso del polvo aurífero. Éste era de un color amarillento, y tenía la forma de un polvo pesado, brillante como cristal machacado allí donde había sido menos finamente triturado. Cierta vez me regalaron la cuarta parte de un grano (llamo grano a la seiscentésima parte de una onza). Envolví, pues, dicho polvo con cera desgastada (del sello) procedente de una carta cualquiera, al objeto de que, al proyectarlo en el crisol, no fuera dispersado por los humos del carbón. Proyecté esa bolita sobre

una libra de mercurio comprado recientemente, y lo calenté en un crisol de Hessen (crisol triangular); inmediatamente el mercurio, produciendo un pequeño susurro, dejó de ser fluido y se concentró en una bola. Ahora bien, la temperatura del azogue era tal que hubiera impedido al plomo fundido solidificarse. Habiendo aumentado poco después el fuego por la acción de un fuelle, el metal entró en fusión. Al vaciar el recipiente, encontré 8 onzas de oro puro. Hecho el balance, quedé establecido que un grano de aquel polvo convertía 19.200 granos de metal impuro, volátil y destructible al fuego, en oro auténtico. Dicho polvo, pues, al unirse al mercurio, le preservó en un instante de la herrumbre para toda la eternidad, así como de la alteración y la tortura del fuego, por violento que éste fuera. En cierto sentido lo hizo inmortal respecto a toda violencia ejercida por el arte o el fuego, confiriéndole la pureza virginal del oro. Para ello se requirió solamente el calor moderado de un fuego de carbón.» (1).

Parece, pues, que Van Helmont efectuó realmente no una, sino dos transmutaciones, con el polvo que le fue confiado, ya que, en un caso, envolvió la materia filosófica con cera, y en el otro, con papel, y, además, las cifras no se correspondieron exactamente. No queda excluido, sin embargo, que pueda tratarse de la misma transmutación, pero que el recuerdo del químico hubiera variado con el paso del tiempo.

¿Qué opinión deberemos formarnos acerca de esos dos relatos de transmutaciones efectuadas por el célebre sabio belga? Para Figuiet y los racionalistas del siglo XIX, se hizo trampa: «No podemos poner en duda hoy que, gracias a una superchería hábil, merced quizás a alguna inteligencia secreta con las personas de la casa, el desconocido adepto consiguió hacer mezclar, anticipadamente, oro en el mercurio o en el crisol que Van Helmont utilizó.» Cualquier alumno de Quími-

(1) Bernard Husson tradujo estos textos de Van Helmont (escritos en latín) palabra por palabra, a fin de lograr mayor exactitud; me he contentado con transcribirlos al idioma moderno para la inteligibilidad del texto, sin alterar su sentido.



El Rey y la Reina: azufre y mercurio; el cojo es Vulcano. (En *Viatorium spagyricum*, de Jamsthaler.)